

Editorial **MAPAS**

Ediciones
BIBLIOTECA FILMS
SERIE ALFA



con

**JUDI KELLY
y KENETH
KENT**

Jose de Batlle yrigoyen



Jose de Batlle y Arguies

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
 DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES,
 Valencia, 204 - Apartado Correo 787 - Teléf. 70007 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
 Richard, 16, Barcelona -

EDITORIAL
AFS

Publicación semanal

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
 SERIE ★ ALFA
 NUM. 6

ACQUISTO LIBRE
 PER EXEMPT DE
 PRESTEC

El misterio de Villa Rosa

EL MISTERIO DE VILLA ROSA es un film policiaco situado dentro del elegante marco de Aix-les-Baix, estación veraniega a la moda, cuyos personajes, gente del gran mundo, requieren todo el talento y energía de un detective, como Hanaut, para descubrir a los autores de un crimen planeado con enorme astucia para no dejar rastro de los delincuentes. La lectura de EL MISTERIO DE VILLA ROSA apasiona hasta el último capítulo donde se revela toda la intriga.

DEPARTAMENT D'INFORMACIÓ
 ANNO 1980
 BIBLIOTECA

Según la obra original de A. E. W. MASOON

Presentada en España por

EXCLUSIVAS **Excelsa, S. A.**
 CINEMATOGRAFICAS

Aragón, 271, entr. BARCELONA Teléfono 82441

R. S. 998

INTERPRETES PRINCIPALES

Detective Hanaud	KENETH KENT
Celia Harland	JUDY KELLY
Harry Wethermil	Peter Murray Hill
Ricardo	Walter Rilla
Elena Vagulier	Maritta Hunt
Señora Dauvray	Ruth Maitland
Adela Rossignol	Antoinette Collier
Tacé	Clifford Evans
Besnard	Ronald Adam
Perrichet	Arthur Hambling

Producción:

«A. B. P.»

Director:

Walter Summers

Narración literaria de la novela
JUAN L. DEL CAMPO

El misterio de Villa Rosa

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

LA ESTACION DE VERANO A LA MODA

A IX-LES-BAINS, cuando el mes de agosto empieza a declinar, reúne en sus hoteles, villas y casinos a una clase especial de personajes, sobrados de dinero casi siempre, y faltados en absoluto de ocupaciones que les absorban. Junto a éstos están los aventureros buscando la forma de despojar a aquéllos de su riqueza por medios elegantes, si les es posible; pero cuando temen que la presa se escape antes de que hayan podido conseguir su objeto, entonces ¡ah!, no se repara en nada y se recurre a la violencia y al crimen si es preciso, procurando no obstante, salvar las apariencias, consiguiendo a veces, cuando la víctima yace ya en un suntuoso panteón, ser

tenido por uno de sus más apenados amigos que con lágrimas en los ojos, deposita flores sobre la tumba.

Así ocurre en Aix-les-Bains, Montecarlo, Niza y en todos los puntos donde una sociedad ociosa, cansada de placeres, se reúne para distraerse del hastio que les sigue por todas partes, sin darse cuenta de que lo llevan consigo y que no pueden desprenderse de él porque son sus costumbres, sus vicios y su dinero quien lo conserva y lo fomenta. En vano viajan de una estación lujosa a otra. Siempre es igual en todas partes; son siempre los mismos, y no es hasta el momento en que ocurre algo sensacional, que alguno de estos pobladores de ciudades de vicio y lujo, logra convencerse de que no es en

una estación termal a la moda donde ha de buscar el remedio para sus males.

Nuestros personajes se encuentran ya instalados en Aix-les-Bains dispuestos a pasar allí lo que resta de verano disfrutando de todo lo que de agradable ofrece la bonita villa de Saboya. Sus famosos restaurantes, donde la flor de los cocineros franceses se esmeran para presentar complicados manjares para estimular el apetito de sus saciados clientes. Los casinos, especialmente la «Ville de Fleurs», donde tantos y tantas han dejado su fortuna y su honor, son el verdadero atractivo de Aix.

Uno de estos observadores es el inglés Julio Ricardo, próspero comerciante londinense, quien después de haber acumulado una fortuna se encontró ya cerca de los cincuenta años. Colocó bien su capital y las rentas le aseguraron la oportunidad de convertirse en un *gentleman* dándose una vida regalada. Para Ricardo, era un verdadero placer observar el semblante de los jugadores, y con sólo mirar sus caras sabía perfectamente cómo andaba el juego.

Amigo de Ricardo y pasando también temporada en Aix se encontraba Harry Wethermil, elegante joven de unos veintiocho años, ex estudiante de Oxford y Munich, cuyo

despierto talento científico, le había ayudado a reunir una buena fortuna.

Otro personaje interesante a quien también encontramos en Aix es la señora de Dauvray, en cuyo origen no entraremos, pues poco importa. Al conocerla, la hallamos instalada en Villa Rosa. Es viuda de un rico comerciante, oriundo de Nancy al que conoció en París. El matrimonio fué feliz y al fallecer el señor Dauvray dejó una viuda rica. La señora Dauvray tenía varios gustos, pero el que la dominaba era la pasión por las joyas. Adquiría las joyas más valiosas y famosas que se le ofrecían, y cuando no le ofrecían ella las buscaba. Así fué cómo logró reunir una colección, famosa en toda Europa, que se valuaba en más de cincuenta mil libras esterlinas. La colección Dauvray había hecho meditar a más de un ladrón de alhajas. Era la señora Dauvray una mujer inconsciente, muy fácil de convencer. Además, como muchas mujeres de origen humilde que han llegado a poseer una fortuna, la señora Dauvray era extraordinariamente supersticiosa. Acompañaba a la rica poseedora de la extraordinaria colección de joyas, una muchachita de unos veinte años, en calidad de dama de compañía, llamada Celia Harland, sobre la cual ya nos detendremos más adelante. Camarera de confian-

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

za de la rica dama lo era una neurasténica de unos treinta y cinco años. Elena Vaquier, persona de absoluta confianza. Estas tres mujeres y un chofer, Enrique Servettaz, componían la familia de Villa Rosa.

Celia Harland era la última ridiculez que había comedido la señora Dauvray. Asistió un día a una función teatral donde una joven adivinaba el pensamiento. Era una muchachita joven, bien parecida y simpática. Terminado que hubo la función, la señora Dauvray quiso pasar entre bastidores para conocer a la joven ilusionista. Ambas simpatizaron rápidamente, y al enterarse la millonaria que Celia Harland, pues no era otra, se encontraba huérfana de padres, sola en el mundo y sin otro medio de ganarse la vida que exhibiéndose en un escenario presentando unas escenas de espiritismo, harto dudoso, le ofreció una colocación en su casa en calidad de señorita de compañía.

—No crea—le dijo—que no le imponga ninguna obligación, mi querida Celia. Su trabajo en el teatro me ha entusiasmado, y de vez en cuando tendrá que darme usted una sesión como las que he presenciado tantas y tantas veces. Lo que más me admira es cuando usted adivina el pensamiento, y alguna que otra vez tendré que consultarla.

Unos días después, Celia Harland llegaba a casa de la señora Dauvray para instalarse en ella definitivamente, siendo bien recibida por la dueña y también por la doncella; ésta última con la esperanza de que ahora tendría quien la ayudaría a distraer los ocios de su caprichosa señora.

Alguna que otra vez, cuando Celia ya estaba en la casa, la dueña le pidió que llevara a cabo alguna sesión de ilusionismo, especialmente el número de dejarse atar las manos y luego soltarse. La joven accedía a ello, pero bien claramente se notaba que no era con gusto que recordaba su vida de teatro.

La personalidad bonita y elegante de Celia Harland no pasó desapercibida de los veraneantes de Aix y no fue Harry Wethermil quien menos se fijara en ella. La conoció en el Casino y después del primer encuentro, casi cada día se veían allí. Una tarde, Wethermil había estado afortunado como nunca. Ante él estaba sentada Celia y ésta perdía.

—Veniga a compartir la banca conmigo—dijo Wethermil a la muchacha.

—No, prefiero no jugar más.

—Pruebe otra vez para ver si recupera lo perdido.

Celia se dejó convencer e hizo una nueva apuesta. Wethermil

apostó fuerte y ambos perdieron. Los que les rodeaban lo atribuyeron a aquello de «desgraciado en el juego...»; pero Wethermil, aun queriéndolo disimular, no pudo evitar un gesto de disgusto que no pasó desapercibido a Julio Ricardo, interesado como estaba en los dos jóvenes. Estos salieron del salón de juego y se dirigieron a los jardines. Ricardo les siguió a cierta distancia. La cara de Celia no le era desconocida, pero no podía precisar dónde la había visto. No le cabía la menor duda de que en Inglaterra, entre sus muchas amistades, había encontrado la carita de Celia. ¿En qué salón?, se preguntaba Ricardo. De repente, vino a su imaginación un teatrillo de Londres donde se daban sesiones de espiritismo, y cerrando los ojos vio a una joven vestida de terciopelo negro, un tamboril diminuto, que tocaba solo, y la joven que contestaba a las preguntas que le hacía el caballero que la presentaba. Ricardo tenía ahora la seguridad de que la joven del escenario, vestida de terciopelo negro, era la misma que ahora estaba paseando junto a Wethermil.

Los dos jóvenes llegaron al pie de una escalera donde les aguardaba una dama vestida con chillona elegancia, una mujer de más de cincuenta años, extraordinariamente

pintada y cargada de joyas. Sonrió amablemente a la joven pareja y dijo:

—Celia, me parece que es hora de retirarnos.

—Siento haberla hecho esperar, señora Dauvray; nos hemos entretenido en el salón más de lo que pensábamos.

Harry Wethermil también ofreció una excusa.

—No se preocupen, mis queridos amigos—dijo la señora—; tampoco es demasiado tarde. ¿Vamos, Celia?

—Adiós, Harry, hasta mañana—dijo Celia dirigiéndose a Wethermil y sonriendo cariñosamente.

—Mañana no podrán verse ustedes—dijo la señora—. Tenemos otros proyectos; pero ya tendrán otras ocasiones.

—Es verdad—dijo Celia en voz baja—; ya nos veremos pasado mañana.

Las dos señoras salieron del parque y Wethermil regresó a los salones de juego.

Julio Ricardo, que había estado observando a los tres personajes, pensó hablar a Wethermil; pero luego varió de opinión y no lo dijo nada.

A juzgar por la cara que puso la más joven, los planes que tenían para el día siguiente no eran de su

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

agrado. En primer lugar la privaban de ver a su pretendiente y por otra parte era evidente que se trataba de un asunto que la molestaba.

Ahora unos datos acerca la camarera de la señora Dauvray, Elena Vauquier. Era ésta una mujer de estatura más bien alta, más próxima a los cuarenta que a los treinta años. Casi siempre se la veía vestida de negro. Era un tipo severo, respetable

y poco dada a hablar. Era la encarnación ideal de lo que se llama una criada de confianza. Su ama se la tenía y sin duda ella la merecía.

Estos son los personajes más importantes de nuestra narración que se encuentran pasando temporada en Aix-les-Bains, ajenos a todo temor y disfrutando de los mil encantos naturales y artificiales que ofrece la población.

UNA AMISTAD CASUAL

UNA tarde, la señora Dauvray estaba empeñada en que Celia le adivinara el número que estaría afortunado en la ruleta y la joven hizo todo lo posible para disuadirla de que la obligara a efectuar una de sus sesiones para ilustrarla acerca del número que más veces saldría aquella noche. A Celia le desagradaba todo lo que hacía relación con su pasado de miseria, pero la buena señora no podía dominar su pasión por todo lo que eran agorerías, supersticiones y demás cosas por el estilo. Celia no pudo negarse a ello a pesar de que recordó a la señora que Wethermil debía recogerlas pronto para ir al Casino.

—Nos sobrará tiempo para ello —dijo la millonaria—. Arréglate

pronto para la pequeña sesión y cuando llegue Wethermil ya ya sabré a qué número he de apostar.

Celia se dirigió a su habitación y rogó a Elena que la ayudara a ponerse el traje de terciopelo negro para llevar a cabo la adivinanza del número afortunado.

—Elena, date prisa —dijo Celia—. Esta sesión durará muy poco. Quiero terminar lo antes posible. El señor de Wethermil vendrá esta noche.

—¿Vendrá aquí? ¿A visitar a la señora?—preguntó la camarera.

—Claro que sí. No sé de qué te asombras. Nos ha invitado a las dos a ir al Casino.

—¿Este aristócrata inglés no sabe que has trabajado en el teatro?

—No, todavía no he tenido oportunidad de decirselo.

—Pero, ¿es que piensas decirselo algún día?

—Mi obligación, mi deber es contarle todo.

—¿Le contarás que dabas sesiones de espiritismo en el teatrillo, que has bailado en un restaurante, también?

—Pienso contárselo todo, porque si bien no es ninguna gloria, tampoco he hecho nada que me avergüence. Estoy segura de que él se hará cargo de mi situación. El comprenderá perfectamente.

—No veo qué necesidad tienes de contarle nada.

—Sería una falta de lealtad ocultarle mi pasado. Sería una traición.

—¿Y no piensas en la señora? Si tú cuentas tu historia a ese muchacho, la traicionas a ella. ¿Todo el mundo se enterará de sus manías y sus supersticiones, pues por esto es por lo que te trajo a casa.

—Tal vez tengas razón. La pobre señora ha sido muy prudente, casi me trata como a una hija. A nadie ha revelado dónde me conoció.

—¿Ves tú? todo se lo debes a ella.

—¿Acaso crees que lo he olvidado? Me hirió en la miseria y me ha sacado de ella. Yo estaba desesperada.

—Pues mira, muchacha; si con tus adivinanzas y espiritismos has logrado tenerla contenta y engañada..., ¿por qué no has de continuar haciendo lo mismo?

—Ya te lo he dicho antes: si he de casarme con Wethermil quiero hacerlo con la conciencia tranquila. Después de esta noche, no solamente tengo intención de decirselo a Wethermil, sino que también pienso contar a la señora que todo mi trabajo como «mediuma» es una farsa.

—¿Crees conveniente contarle que todo es una farsa? Puedes estar segura de que reaccionará contra ti, y entonces, ¿qué harás? ¿Volver al teatro, al restaurante a bailar por una cena?

—Oh, Elena, qué situación más terrible es la mía. ¿Por qué me he enamorado de Wethermil, y por qué se ha fijado él en mí?

Mientras así hablaban las dos únicas servidoras de la señora Dauvray, ésta estaba esperando en el salón que bajara Celia y adivinara el número sobre el cual debía apostar aquella noche. Viendo que ni una ni otra aparecían, se llegó hasta el pie de la escalinata que conducía al piso superior y llamó a ambas.

—¡Celia! ¡Elena! ¿No habéis terminado todavía?

Elena entregó una manteleta a Celia al tiempo que le dijo:

—Toma, te pondrás esto luego.

—Gracias, Elena, pero será mejor que bajes en seguida también; la señora está impaciente.

Celia, monísima con su traje de terciopelo negro, apareció en el salón donde la estaba esperando la señora.

—Vamos, querida Celia—dijo la señora Dauvray—. A ver si intentas adivinar el número que puede favorecerme esta noche?

—Hoy, una vez atada en la silla, estudiaré un truco para hacerla ganar; tenga confianza en mi experiencia.

—¡Oh, si tú encontraras semejante cosa!

—Señora—dijo Elena, que en aquel momento penetraba en el salón—, hay cosas que no se pueden adivinar.

—Yo creo que Celia tiene talento y medios para adivinar lo que yo deseo. Pruebas de ello tengo. Vamos, Elena, no interrumpas y apaga las luces.

La camarera hizo como se le mandaba, y las tres mujeres, Celia atada las manos detrás de la silla, se dispusieron para la sesión, especialmente la señora Dauvray, pues las otras dos, como se ha visto por su

conversación, no hacían más que jugar con las manías de su ama.

La habitación estaba completamente a oscuras; el ambiente parecía propicio para que apareciera algún espíritu contando sus cuitas, cuando sonó el timbre de la puerta de la calle.

—¿Quién será?—dijo la señora, contrariada—. No se preocupe, Elena; no vaya a abrir ahora. Será algún mendigo o algún guasón.

—Señora—dijo Celia—, la llamada del timbre me ha desorientado. Hoy ya no puedo adivinar nada.

—¿Quiere la señora que vaya a ver quién ha llamado?—preguntó Elena.

—Sí, será mejor. Enciende las luces. ¡Qué impertinencia! Echar a perder nuestra sesión! Será tu señor Wethermil; pero no me explico cómo ha venido tan temprano... No importa, le pediremos que nos ayude.

—No, por favor, señora, que no entre aquí; no estoy presentable. Se lo suplico, señora, que no me vea así, en plan de adivina.

—Está bien, hija mía; no te preocupes por esto; esta noche apostaremos a cualquier número.

—Gracias, señora, muchas gracias; voy a cambiarme de ropa.

Al desaparecer Celia del salón entró el elegante y apuesto Wether-

mil, quien inclinándose ante la señora Dauvray, le besó la mano y después de preguntarle cómo se encontraba, preguntó por Celia.

—No tardará en bajar, se está arreglando.

—Temo que he venido algo temprano...

—Tal vez un poquitin; pero no importa. Celia no tarde mucho en vestirse, Elena, tráeme la capa y avisa al chofer que traiga el coche a la puerta.

—Está muy bien, señora.

—Lamento haber llegado tan pronto—dijo Wethermil—. Espero que sabrá usted disculparme.

—No tengo que disculparle nada; al contrario, ahora lo prefiero; así tendremos ocasión de hablar un poco. Hace días que deseaba decirle algo.

—¿De qué se trata?

—Como usted comprenderá, me he dado cuenta de las intenciones que abriga usted respecto a Celia... y quisiera rogarle que no la apesure. Concédela tiempo para que lo piense bien.

—Confío en que le he causado buena impresión.

—Creo que sí, pero tenga usted en cuenta que sólo hace dos semanas que se conocen y dos semanas es muy poco tiempo.

—Para mí es suficiente para estar seguro de que la quiero.

Elena entró en el salón y dijo:

—La señorita Celia baja en seguida y el coche está dispuesto.

—Gracias; ¿vamos, señor Wethermil?

—Señora—dijo Elena—, ¿se ha acordado usted de guardar las joyas?

—Sí; están en la caja de caudales. Mis joyas—dijo la señora Dauvray, dirigiéndose a Wethermil—son una pesadilla en la vida de mi camarera; siempre teme que alguien venga a robarlas.

—Treinta mil libras esterlinas en joyas, es una gran responsabilidad—exclamó Wethermil.

—No treinta mil, cincuenta mil, señor Wethermil. Ah, Celia, ¿ya estás arreglada?

—Sí, ya estoy dispuesta a salir.

Las dos señoras, acompañadas de Wethermil, subieron al auto y se dirigieron al Casino, penetrando los tres en uno de los salones de juego.

Wethermil empezó a jugar inmediatamente. Celia y la señora Dauvray le observaban, ésta última sin querer jugar, ya que Celia no había podido adivinar el número de la suerte. Wethermil ganaba todas las apuestas y Celia no pudo contenerse.

—¿Qué suerte, Harry; lo ganas.

todo! ¿Se ha fijado usted, señora Dauvray?

—Lo veo perfectamente, querida. Verdaderamente algunos hombres tienen más suerte de la que debieran tener. Hoy me fatiga a mí la atmósfera de este salón. Si tú quieres quedarte aquí, Celia, puedes hacerlo y cuando te canses, me encontrarás en el café.

La señora Dauvray abandonó el salón de juego y se dirigió al café.

Entre los muchos visitantes del Casino con quien se cruzó la Dauvray había una pareja que se paseaba por la terraza; quien se dió cuenta de que a aquella enojada dama se le había caído el bolso. La señora era una mujer joven y elegante, aunque de poca estatura y aspecto deportivo. Esta dijo al que la acompañaba:

—Es de aquella señora que se ha sentado en aquella mesa—y dirigiéndose hacia la señora Dauvray, le dijo—: Perdóneme, pero se le ha caído a usted esto.

—¡Oh, qué distraída soy! Cuánto le agradezco que se haya tomado la molestia de traérmelo.

—No faltaría más; mi marido y yo hemos visto cómo usted lo perdía.

—Estoy muy agradecida.

Mientras así hablaban las dos mujeres, nuestra vieja amiga se había

sentado junto a una mesa y llamado al camarero para que le sirviera un refresco. La joven que había encontrado el bolso, sin ser invitada, se sentó también.

—Se siente mucho calor aquí—comentó la señora Dauvray.

El camarero se acercó a la mesa.

—¿Qué desea la señora?

—Una limonada—dijo la Dauvray.

—¿Tendría usted la bondad de pedirle que traiga una para mí?—dijo la joven que acaba de hacer amistad con la señora Dauvray.

—Claro que sí, no faltaría más.

—Muy agradecida. Voy a contarle una cosa muy curiosa. Esta mañana una gitana me ha dicho que hoy haría una nueva amistad hallando un objeto perdido.

—¿De veras?—preguntó la señora Dauvray a quien todas estas cosas entusiasmaban.

—Sí; una gitana me lo ha dicho al entrar en el Casino. ¿Cree usted en lo que dicen esta clase de mujeres?

—No, no lo creo, a pesar de que mi señorita de compañía adivina los números que saldrán premiados, y no es gitana... No se ría usted. ¡Si la viera usted cómo sabe desatarse de las más fuertes ligaduras!

—Me encantaría.

—Ya se la presentaré. Es un caso

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

interesantísimo, aunque ella no quiere que se hable de su talento en esas cosas.

Mientras así departía la señora Dauvray con su nueva amistad, en el salón de juego Wethermil seguía ganando y Celia perdiendo. Indudablemente la suerte sonreía al joven. Hizo nuevas apuestas y la fortuna, que hasta entonces había estado de su lado, pareció que le volvía la espalda.

—Te he quitado la suerte—dijo Celia.

—No lo creas; mientras tú estés a mi lado no puedo tener mejor suerte, pero temo que estás cansada. ¿Vámonos?

—Como tú quieras.

—Podemos beber algo. ¿Qué te parece un coctel de champaña?

—A mí me parece bien.

—Esta noche estás más hermosa que nunca.

—Gracias, Harry.

—Me alegro de que te hayas quitado aquel vestido negro que llevabas cuando he llegado a Villa Rosa.

—¿Me has visto?

—Sí, cuando subías la escalera.

—¿No te gustó?

—No; con él no eras la misma.

Les sirvieron el refresco en el bar y los dos jóvenes brindaron en la siguiente forma:

—A tu salud y a la mía—dijo Wethermil.

—Por ti y por mí — contestó Celia.

—Por toda la eternidad.

—Así lo espero...

—¿No me crees, Celia?

—Sí...

—¿A qué viene esta reserva, esta duda?

—Es que todo sucede tan aprisa, que en realidad hemos tenido poco tiempo para conocernos. Tú eres un joven que pertenece a una clase social distinta de la mía. Yo soy una simple señorita de compañía, y no solamente esto...

Cuando Celia iba a abrir su corazón a Wethermil y a contarle su historia, un botones del Casino se acercó a ella y le dijo que la señora Dauvray la esperaba inmediatamente en el café.

—Me parece que ha llegado la hora de despedirnos—dijo Celia a Wethermil—. La señora me reclama.

—Nos veremos mañana por la noche, ¿supongo?

—Creo que sí. Adiós, Harry.

Wethermil cogió la mano de Celia para despedirse y quedó mirándola largo rato sin pronunciar palabra.

—Adiós, Harry, no puedo entre-

tenorme más. ¿En qué estás pensando?

—En lo bonitas que son tus manos.

—Te prometo que nos veremos mañana; pero ahora déjame marchar.

—Adiós, Celia, no faltes mañana.

Los dos jóvenes se separaron y Celia se dirigió hacia el café donde sabía que la esperaban. Durante todo el rato en que la señora Dauvray había estado hablando con su nueva amiga, aquella no había cesado de insistir para convencerla de que Celia lo adivinaba todo, que sabía desatarse por sólidamente que la ataran, y mientras tanto la otra, terca que terca, no queriendo dar crédito a las palabras de la rica dama.

—Haremos la prueba que usted desee—decía la Dauvray—, Celia se deslizará en seguida.

—Le advierto que soy muy difícil de convencer. No se me convence fácilmente.

—Las habilidades de Celia la convencerán en seguida. A mí me han hecho feliz.

—No debe ser muy exigente.

Cuando la señora Dauvray iba a contestar a esta impertinencia, llegó Celia.

—¡Ah, ya estás aquí! Esta es Celia, Celia Harland; la señora de Rossignol.

—Encantada—dijo Celia, al tiempo que alargaba la mano a la forastera e instintivamente sentía cierta repugnancia.

—La señora Dauvray me ha contado sus habilidades.

—Siéntate, Celia—dijo su ama.

—¿Mis habilidades? No son más que una manera inocente de pasar el rato.

—Yo no creo que usted sola pueda desatarse.

—Es lo más fácil que hago. Esto lo demuestro con toda facilidad; ¿pero supongo que no tiene usted ningún interés en ello?

—La señora Rossignol está interesadísima en ello; le gustaría verte actuar.

Celia hizo todo lo posible para disimular cuánto la molestaba aquella conversación.

—Estoy decidida—dijo la forastera—en concederle una oportunidad para convencerme.

—La he invitado a visitarnos en Villa Rosa, mañana por la noche. Podrías ejecutar algunas de tus experiencias y pasaríamos un buen rato. Al mismo tiempo esta señora quedaría convencida.

—No, no—dijo Celia—; no tengo deseos de demostrar nada. Mi único gusto era divertir a usted, señora Dauvray. Detesto todo cuanto sé de esas brujerías mías.

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

—Pero, Celia—insistió la señora Dauvray desconsolada—, tan bien como salía todo esta noche. Debes hacerlo para complacerme.

—Claro, que si a la señorita Harland le disgusta nuestra insistencia..., se comprende que la contraría la obsesión mía por verla actuar.

—¿Verdad que no te molesta hacer alguna demostración?—insistió la señora Dauvray.

No había manera de negarse, Celia se vió acorralada y no tuvo más remedio que ceder.

—No, señora, no señora; no me molesta en lo más mínimo.

—Entonces, estamos de acuerdo—dijo la Dauvray—. ¿Cómo le parece que lo hagamos?

—¿Me permite que imponga ciertas condiciones, ya que se trata de una sesión para mí?—preguntó la forastera.

—A ti no te importa, ¿verdad, Celia?

—No me importa nada; aceptaré las condiciones que quiera.

—Ante todo desearía que llevara el mismo traje que lleva ahora. En primer lugar, porque está usted deliciosa y me parece que con este vestido no se pueden hacer trampas.

—Puedo llevar este traje u otro cualquiera—dijo Celia.

—¿Supongo que alguien debe cuidar de atarle las manos?

—Yo soy quien le ata las manos—dijo la millonaria.

—Quisiera ser yo quien le atase las manos, mañana por la noche, al objeto de estar segura de que... no es tan fácil librarse de un buen nudo.

—Con mucho gusto—dijo Celia—. ¿Alguna otra cosa más?

—No, creo que de momento esto es suficiente. Gracias.

—Celia, ¿ya te has despedido del señor Wethermil? Me parece que es hora de marcharnos.

Esta pregunta de la señora Dauvray ofrecía una nueva oportunidad de ver a Wethermil, que Celia no desaprovechó, y fué de nuevo en busca de su admirador.

—La señora Dauvray crelo que no nos habíamos despedido y me ha mandado para que lo hiciera.

Los dos jóvenes hablaron un ratito durante el cual las dos nuevas amigas quedaron de acuerdo para la noche siguiente.

—Señora Dauvray—dijo la forastera—, no sabe la satisfacción que tengo de haberla conocido.

—¿Hasta mañana por la noche, entonces? A las diez.

—¿A las diez?

—Sí; y verá cómo queda convencida.

—Tal vez tenga usted razón.
Buenas noches.

Wethermil, encantado de volver a tener a Celia cerca de él, no quería dejarla marchar, pero ella le dijo que no podía estar más, ya que la señora quería retirarse.

—Bueno, os acompañaré.

No, me parece que no le gustaría a la señora que vinieras ahora.

—¿No me permites este placer?

—Hoy no. Ya tendrás otras ocasiones.

—¿Entonces, hasta mañana por la noche?

—No; mañana, no. Tenemos otros planes improvisados hace poco.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta pasado mañana, a no ser que...

—¿A no ser qué? ¿Qué quieres decir?

—Nada, Harry, tonterías mías. Adiós.

Wethermil encontró a Ricardo en el parque.

—¿Qué tal, Ricardo? ¿Qué haces

por aquí? Te creía de regreso a Sud América.

—Lo mismo me da perder el dinero aquí que en Buenos Aires.

—¿Conoces a la señorita Harland?

—¿Harland? Sí, sí; ¿por qué? ¿La conoces tú?

—Sí, es una amiguita mía; es más, puedo decir que es una excelente amiguita.

—¿Hace tiempo que la conoces?

—No, nos conocimos en el Casino hará unas dos semanas. La señora Dauvray me la presentó. Cella es su acompañante.

—¿Dauvray? Este nombre no me es desconocido. Colecciona joyas.

—Sí; su colección vale una fortuna. ¿Estarás aquí muchos días?

—¡Oh, todo depende de lo que me divierta en Aix!

—Aix siempre ofrece algo interesante. ¿No crees?

—Adiós, Wethermil, hasta otro rato.

LA TRAGEDIA

C REES que vendrá esta noche? — preguntó la señora Dauvray a su señorita de compañía, después de cenar, mientras tomaba café en el salón.

—¿Quién? — preguntó Celia con aire distraído.

—La señora Rossignol, desde luego, no esperamos a nadie más.

—Señora, ya le dije que aquella mujer me era altamente antipática.

—¿Por qué?

Sonó el timbre de la puerta de la calle. Celia no pudo evitar un sobresalto y la señora dijo:

—Debe ser la señora Rossignol.

—Señora Dauvray — suplicó Celia —, no hagamos la prueba esta noche.

—¡Celia, qué tontería!

La camarera introdujo a la señora Rossignol al salón y cesó la conversación entre Celia y su ama.

—Me parece que he llegado muy tarde — dijo la recién llegada.

—No, no; tenemos tiempo sobran-
te. Ya está todo preparado, ¿no es cierto, Celia?

—Sí — contestó friamente Celia.

—¿Me permite realizar un pequeño examen? — dijo la señora Rossignol.

—Claro que sí, lo que usted quiera.

—A usted, señorita Celia, no la molestarán mis exámenes. Después de todo, usted querrá que me convenza, ¿no es cierto? ¿Para quién es esta tercera silla?

—Para Elena, mi doncella, siempre está conmigo.

—Yo creo que al objeto de descartar toda posibilidad de que exista algún cómplice, debería usted evitar su presencia aquí esta noche.

—Pues claro que sí, si usted lo desea... Elena, creo que esta noche no te necesitaré, puedes retirarte.

—Está bien, señora.

—Antes de retirarte abre la radio, Necesitamos música. Gracias.

—Bueno; si está todo dispuesto —dijo la forastera— le ataré las manos. Usted, señora Dauvray, puede ocuparse de las luces. A ver, Celia, coloque bien las manos. Aguántelas de este modo con los dedos sueltos. Lo lamento; ¿tal vez le he hecho daño?

—Avisé cuando esté lista —dijo la señora Dauvray.

—Ya lo está.

—Señora, señora —exclamó Celia— Presiento algo, no sé qué...; no me deje atar... Alguien pretende hacernos mal... No sé de qué se trata pero lo presiento.

—La señorita Celia parece estar muy nerviosa —dijo la forastera—. No cabe duda de que los nervios la dominan.

—Tranquilícese, Celia —dijo la señora Dauvray—; no hay motivo para estar tan excitada.

Se apagaron las luces. La música de la radio siguió tocando suavemente.

—Tenga bien presente —dijo la señora Dauvray— que no puede haber engaño alguno; yo misma no quiero mirar.

Se oyó un ruido como si entrara alguien en la habitación y pasó una sombra.

—¿Ha oído usted eso? —preguntó la Dauvray.

—Sí, lo he oído muy bien —contestó la forastera.

—Celia invoca el espíritu de la Montepán. Oigo unas manos muy finas que tocan mi cabello, que rozan mi mejilla..., mi garganta...

Estas fueron las últimas palabras que pronunció la señora Dauvray. Siguió un grito de angustia atroz, se oyeron pasos, sombras que se deslizaban y pocos instantes después un coche salía de Villa Rosa.

Perrichet era el guardia que vigilaba aquel sector de Aix donde se encontraban las casas y villas más lujosas de la población. La primera vez que dio la vuelta por allí encontró la verja de Villa Rosa abierta de par en par. Creyó que se trataría de una distracción del chofer y la cerró. Más tarde volvió a pasar por allí y nuevamente la verja estaba abierta. Esto le extrañó tanto que penetró en el jardín, y no viendo a nadie y que uno de los balcones del salón que antes había visto cerrado, estaba abierto, entró en la casa. Pasó

al vestíbulo y de allí al salón. A su paso iba encendiendo las luces. Al llegar al salón encontró las sillas en desorden y tendida en el suelo, ya cadáver, la señora Dauvray. La estupefacción del guardia fué enorme. ¿Cómo había podido cometerse semejante crimen en aquella casa tan silenciosa y estando él de guardia?

Inmediatamente llamó al Departamento de Policía para dar cuenta de lo que acababa de descubrir, y un inspector con dos números, se dirigieron a Villa Rosa para levantar acta de lo que les acababa de comunicar Perrichet.

Los diarios de la mañana ya traían la trágica noticia del asesinato de la señora Dauvray y de la misteriosa desaparición de la señorita Celia Harland.

Wethermil fué uno de los primeros a quien la noticia dejó perplejo e inmediatamente se fué a visitar a Ricardo en su habitación, cuando éste todavía no estaba vestido. No pensaba Ricardo pasarle por alto semejante falta de atención, pero cuando se enteró de la noticia que le traía, le perdonó instantáneamente.

—¡Pero es imposible! Aun no hace veinticuatro horas que esa buena señora nos deslumbraba a todos con sus joyas—dijo Ricardo.

—Las joyas han desaparecido—dijo Wethermil.

—Se concibe, por esto se cometió el asesinato. Y, bueno, amigo mío; ¿qué quieres que haga?

—Acabo de enterarme que el famoso detective de la seguridad de París se encuentra aquí de vacaciones.

—¿De vacaciones? No nos recibirá.

—¿Pero tú le conoces?

—Claro que le conozco; pero ya sabes cómo son estos tipos geniales. Si dice que está aquí de vacaciones, no habrá quien le haga tomar interés en el asunto.

—Debemos intentarlo. La insinuación de que Celia pueda estar complicada en este asunto no la puedo tolerar. He de tener la seguridad de que ella es inocente del todo, a lo menos así lo creo. Te ruego que me presentes a Hanaud.

—Permíteme que acabo de vestirme e iremos a encontrarle.

Pocos minutos después Ricardo y Wethermil se dirigían al hotel donde se hospedaba Hanaud y le encontraron que estaba desayunando tranquilamente.

—El señor Ricardo desea hablar con usted—dijo un camarero al detective.

Pasaron los dos visitantes y Ha-

naud recibió a Ricardo con entusiasmo.

—Hace bastante tiempo que no nos vemos—dijo el detective.

—Casi un año—repuso Ricardo—. Fué en Londres donde nos vimos por última vez. He leído su llegada en los diarios.

—Sí; estoy aquí de vacaciones.

Esta frase heló la sangre de sus visitantes. Hanaud era un hombre de poca estatura, recio y ancho de espaldas, de cara grande y expresiva. Vestido con cierta negligente elegancia, tenía más aspecto de actor que de fino policía, como había demostrado ser.

—Este señor es mi amigo Harry Wethermil; el señor Hanaud.

Hecha la presentación hubieron unos instantes de silencio.

—Mi amigo y yo hemos venido a solicitar su ayuda—dijo Ricardo.

—¿Y en qué puedo servirles?

Wethermil mostró un periódico al detective.

—¿Y por qué está usted interesado en este asesinato?

—Colia Harland, la señorita de compañía, es amiga mía, una gran amiga mía.

—¿Y qué desea usted que haga yo en este asunto?

—Ya sé que está usted de vacaciones, señor Hanaud—dijo Wethermil.

—Precisamente si usted sabe esto, me extraña que hayan venido a encontrarme.

—Yo le ruego que averigüe usted qué es lo que le ha ocurrido a la señorita Harland.

—¿Es idea de usted esto, amigo Ricardo?

—No, no, señor; yo le persuadiré que me trajera aquí porque sabía que se conocían.

—Ya comprendo. Yo no sé cuál será la costumbre en otros países, pero en Francia los detectives no suelen encargarse de los casos a su albedrío. El suceso de Villa Rosa ya está en manos de la policía local.

—Sí; pero si usted les ofrece su ayuda se lo agradecerán enormemente.

—¿Y por qué he de ofrecerme?

—Yo confío en la caballerosidad del detective más famoso de Francia.

Hay muy pocas personas que resistan al halago, incluso los detectives famosos; y después de las últimas palabras de Wethermil, Hanaud preguntó:

—¿Tiene usted alguna fotografía de la señorita Harland hecha recientemente?

—Sí.

—¿Está bien el parecido?

—Es ella misma, parece que esté hablando.

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a la señorita Harland?

—Dos semanas.

—El señor Besnard, comisario de la Policía de Aix, ya ha solicitado mi ayuda, pero yo me he negado a ello. Hemos hablado y le advierto a usted que el asunto está muy negro para la señorita Harland.

—¿Y por qué?

—Se lo explicaré. Primero porque había un cómplice dentro de Villa Rosa. Alguien permitió la entrada al asesino.

—¿Por qué está usted tan seguro de esto?

—Porque no hay vestigios de ninguna entrada forzada. No se forzó ninguna cerradura, ni se sacó ningún tornillo. Así, pues, hay que partir de esa base: había un cómplice dentro de la villa.

—Hemos de suponer que la señorita Celia no será la única persona sospechosa — se atrevió a decir Ricardo.

Hanaud hizo como si no hubiese oído la interrupción, y continuó:

—La señora Dauvray, además de los servidores de día, interinos, como se les llama ordinariamente, tenía tres servidores fijos. Primero, el chofer, Servettaz, quien ni siquiera se hallaba en Aix anoche: se encontraba en Chambéry visitando a unos parientes. Después, la donce-

lla Elena Vauquier..., a quien descubrieron atada y cloroformizada esta mañana. El personal interino se marchó a las nueve en punto, como de costumbre. Sólo queda, pues, la señorita Celia. Esta ha desaparecido junto con las cincuenta mil libras esterlinas de joyas.

Wethermil estaba desconsolado.

—Señor Hanaud — dijo el joven —, le ruego que nos ayude.

—Está bien, señor Wethermil, estoy dispuesto a ayudarlo; yo me encargaré del asunto, pero le advierto... que iré hasta el final, lo averiguaré todo, cualesquiera que sean las consecuencias.

—Precisamente esto es lo que yo deseo — asintió Wethermil.

—Muy bien; siendo así, iremos a Villa Rosa.

—¿Puedo acompañarle?

—Claro que sí.

—¿Puedo ir yo también? — preguntó Ricardo.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Porque la señorita en cuestión me interesa mucho.

Hanaud no pudo contener una sonrisita irónica y, poniéndose en pie, dió la conferencia por acabada y los tres salieron en dirección a la fatídica Villa Rosa.

Al llegar allí el guardia Perrichot les cerró el paso.

—Lo siento, señores; pero no se

permite la entrada a nadie absolutamente. Ah, tal vez son ustedes periodistas. Fui yo quien descubrió el cadáver. Estaba tendida, sobre el suelo, con una cuerda alrededor del cuello.

—Sí, sí, sí—decía Hanaud mientras estudiaba el aspecto exterior de la villa.

De una de las ventanas apareció el comisario Besnard gritando:

—¿Hanaud, señor Hanaud!

—Oh—exclamó aturdido el guardia Perrichet—, usted perdone, señor Hanaud, usted perdone.

—¿Desde que habitación me ha llamado el señor Besnard?

—Desde la habitación de la señorita Harland.

En este momento llegó Besnard hasta donde estaban los tres visitantes y, dirigiéndose a Hanaud, exclamó:

—¿Ha cambiado usted de parecer, señor Hanaud?

—He cambiado de opinión, efectivamente. ¿Supongo que no rechazará usted mi ayuda ahora?

—Aquí no encontrará usted rivalidades profesionales, señor Hanaud; sólo abrigamos la esperanza de descubrir la verdad.

—Gracias, señor Besnard.

—¿Son sus ayudantes estos señores?

—No, son dos amigos que tienen

gran interés en descubrir a los asesinos y se han empeñado en acompañarme.

—¿Qué es lo primero que desea usted hacer, señor Hanaud?

—¿Esté el chofer en casa?

—Sí, en el garaje.

—Creo que debemos interrogarle inmediatamente.

—Hagan el favor de seguirme—dijo Besnard.

Hanaud, Ricardo y Welthermil siguieron al comisario dirigiéndose al garaje cuyas puertas estaban abiertas de par en par.

—Servettaz—dijo el comisario Besnard cuando llegaron al garaje, dirigiéndose al chofer—, contestará usted a todo cuanto le pregunte el señor Hanaud.

—Con mucho gusto, señor—respondió el chofer.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted al servicio de la señora Duvray?

—Cuatro meses, señor.

—Y dando la coincidencia de tener parientes en Chambéry, pensó usted que encontrándose tan cerca le gustaría pasar el día con ellos, ¿no es esto?

—Sí, señor.

El chofer Servettaz era un hombre joven muy correcto y contestaba con claridad a todas las preguntas que le dirigía el detective.

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

—¿Le concedieron permiso para salir ayer precisamente?

—No, señor; yo pedí permiso para salir el día que conviniese a la señora.

—¿Y cómo fué que la señora le dió permiso para salir ayer?

—Oh, no fué la señora quien me dió el permiso...

—¿Quién fué entonces?

—La señorita Celia.

Hanaud no hizo ningún movimiento; pero Ricardo y Wethermil no pudieron contener un movimiento de sobresalto y cambiaron una mirada.

—¿Cuándo fué que la señorita Celia le dió a usted permiso para salir?

—El día antes. Vino aquí al garaje y me dijo: «Ya sabía yo que la señora le daría un día libre, es muy buena.»

—¿La señorita Celia le había hablado de esa salida en alguna otra ocasión? Conteste sin recelo, Servetaz.

Hanaud dijo esto al chofer porque le vió vacilar desde que había hablado de Celia.

—Sí; me habló en otra ocasión. Un día me dijo que había oído decir que mis parientes vivían en Chambory y que sería una lástima que dejara de ir a visitarles.

—¿Y ella se ofreció para conseguir el permiso?

—Sí, señor.

Los policías y sus amigos penetraron en el fondo del garaje y Hanaud continuó su interrogatorio.

—¿Estas puertas fueron halladas abiertas?

—Tal como están, señor.

—¿Qué hizo usted con la llave del garaje cuando se dispuso a marcharse?

—La entregué a la camarera, a Elena, en cuanto hube cerrado bien el garaje y ella la cogió de un gancho que hay en la cocina.

—¿Entonces cualquiera pudo haberla hallado allí?

—Sí, siempre que hubieran sabido donde buscarla...

—¿Falta bencina?—dijo Hanaud cogiendo una lata entre varias que había sobre un estante.

—Sí, señor; me dispuse a revisar las latas inmediatamente y encontré tres latas vacías. Estas tres latas de en medio.

—¿Y entonces puso usted las latas en su sitio?

—No, señor; las hallé tal como las ve usted.

El comisario Besnard intervino diciendo:

—Bueno, ¿qué importa el hecho de que se hayan llevado bencina si el coche ha desaparecido?

—Es posible que importe mucho más de lo que usted se imagina. Suponiendo que el coche no hubiera desaparecido o que hubieran tenido tiempo de devolverlo, hubiera transcurrido algún tiempo antes de que Servettaz se hubiese dado cuenta de que faltaba bencina.

—Quiere usted decir—interpuso Ricardo—que en tal caso podríamos no habernos enterado de que se había utilizado el coche.

—Ni más ni menos —contestó Hanaud, y dirigiéndose a Besnard, preguntó—: ¿Ha hecho usted circular la descripción del coche?

—Me he preocupado ya de ello, señor Hanaud.

—Muy bien.

—Fijese, señor Hanaud —dijo Besnard—, hemos hallado las huellas de unos pies que se alejan de la casa.

Salieron todos del garaje y Besnard les mostró las huellas de unas pisadas sobre la tierra del jardín.

—Se ven muy claras—dijo Hanaud—: están destacadas.

—Los zapatos de Celia Harland concuerdan perfectamente con estas huellas.

—Sí, es posible; pero hay otras dos clases de huellas. De una mujer y de un hombre. Fijese, Besnard.

Todos repararon en las huellas, y

efectivamente se veían tres tipos diferentes de pisadas.

—Esto podría hacer pensar... —dijo Hanaud.

—¿Qué?—preguntó Wethermill.

—Ya le advertí seriamente, ¿no es cierto?—dijo Hanaud.

—Sí, quiero saberlo todo. No temo nada.

—Unos pies ágiles y jóvenes, calzados con los zapatos de la señorita Celia, corrieron desde la casa hasta el coche. ¿Ve usted? No hay confusión posible. Ella corrió y se movió en el coche de once a dos de la madrugada.

—¿Está usted seguro de la hora?—preguntó Besnard.

—¿No me dijo usted antes que un guardia halló la verja abierta a las once y la cerró y que a las dos volvió a encontrarla abierta?

—Tiene usted razón —contestó Besnard—. Ahora podríamos entrar en la casa.

Los cuatro hombres penetraron en la casa mirándolo todo con gran detención. Cruzaron el vestíbulo y entraron en el salón.

—Aquí es donde Perrichet halló el cadáver—dijo Besnard.

—¿Hay huellas digitales?—preguntó Hanaud.

—Ninguna.

—Usaron guantes. Prueba evi-

dente de que el asesinato fué premeditado.

—¿Qué altura tiene Celia Harland?

—Metro sesenta y cinco, aproximadamente—contestó Wethermil.

—Gracias. A ver, amigo Ricardo, podría usted hacer el favor de reconstruir este rompecabezas de papel—dijo Hanaud; y le entregó un papelito que había recogido del suelo.

—Con mucho gusto, Hanaud.

Ricardo cogió los papelitos, se sentó ante una mesa y empezó a colocarlos para ver si podía leer lo que llevaban escrito.

Todos rodeaban a Ricardo y Wethermil preguntó:

—¿Qué es esto?

—También yo me hago esta pregunta—repuso Hanaud—. ¿Por casualidad tendría usted alguna carta de la señorita Celia?

—Sí, creo que sí—dijo Wethermil, y sacando la cartera, empezó a buscar y por fin halló una que dobló en distinta forma de lo que estaba cuando la encontró y la puso en manos del detective.

Los policías compararon las dos letras. La de la carta y la que apa-

recía en los papelitos que había juntado Ricardo en los cuales se leía muy bien la frase «Yo no lo sé».

—Las dos letras son parecidas—dijo Hanaud—; pero...

—Es la misma letra—dijo Ricardo—; pero este «Yo no lo sé» parece que han querido disfrazarlo.

—Disfrazado... Me gustaría...

Parece que la persona que lo escribió lo hizo bajo una fuerte emoción... Yo diría que... Fíjense en la inseguridad de la «Y». Vean cómo termina la «e». Sin embargo es en la carta donde debió fallar la pluma.

Hanaud se separó de la mesa donde habían estado comparando las letras y se dirigió a un sofá donde había dos almohadones. Cogió uno y dijo:

—Esto parece una mancha de sangre. Que lo analicen. Y sobre este almohadón alguien lloró. Caballeros, aquí hay algo que no acierto a comprender.

—¿Qué cree usted entonces?—preguntó Wethermil.

—Mi profesión no consiste en creer; consiste en saber. Ahora quisiera examinar la habitación de Celia Harland.

—Vamos allá en seguida—dijo Besnard.

EL INTERROGATORIO

POLICIA, detective y los dos amigos subieron al piso superior, penetraron en una bonita habitación, amueblada lujosamente, y Hanaud se dirigió inmediatamente al tocador. Abrió todos los cajones, que volvió a cerrar, miró los espejos, peines y cepillos, cogiendo por fin un estuche de joyas.

—Está vacío.

—¿Me permite? —dijo Wethermill, cogiendo el estuche de manos del detective—. Aquí guardaba Celia sus pendientes.

—¿Se los había regalado usted?

—No, la señora Dauvray.

—¿Cómo lo sabe?

—Celia me lo dijo.

—¿Supongo que no habrán deja-

do entrar aquí a nadie?—dijo Hanaud dirigiéndose a Besnard.

—Solamente a la camarera Elena.

—¿Ya está repuesta del cloroformo?

—Todavía está algo débil a consecuencia del cloroformo, pero se ofreció para hacer una lista de todo lo que llevaba puesto Celia Harland.

—¿Por qué se ha tenido que hacer esta lista precisamente aquí?

—Quería asegurarse de que no había desaparecido nada.

—Ah, comprendo. ¿Estuvo sola en la habitación?

—Señor Hanaud —repuso Besnard—, lamento que haga usted semejantes preguntas. Claro que no; yo estuve con ella constantemente.

—¿Esto ocurría poco antes de lle-

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

gar yo a la villa? ¿Dónde estaba ella entonces?

—Estaba ahí parada, junto al tocador.

—Tengo necesidad de hablar con Elena Vauquier también — dijo el detective.

Cuando se disponía a subir al piso superior donde la camarera tenía su habitación, llegó un policía de paisano.

—Señor Besnard—dijo el recién llegado.

—¡Ah, es Durette! ¿Traes noticias?

—Sí—repuso el llamado Durette—. La cuerda fué adquirida en la calle del Casino, ayer noche, por una joven cuya descripción coincide con la que tenemos de Celia Harland.

—¿Les enseñó usted la fotografía?

—Sí... El señor Corval, dueño del establecimiento, creyó reconocerla, pero dijo que no lo juraría.

—Esta es la cuerda que ahogó a la señora Dauvray—dijo Besnard.

—Sí, sí, ya veo—dijo Hanaud.

—Yo creía que esto sería muy importante—dijo Durette.

—No cabe duda de que Hanaud tiene alguna pista.

Subieron al piso superior, pasaron a un pequeño vestíbulo y llamaron a la habitación que Besnard les había indicado.

—Adelante—gritó una voz fuerte desde el interior.

Entraron en una habitación bajita de techo, como acostumbran a ser las buhardillas de las villas, pero muy bien arreglada. Sentada en una butaca, ya vestida, incluso con el sombrero puesto y preparada para marchar, se hallaba Elena Vauquier, la fiel camarera de la infortunada señora Dauvray. Ante ella tenía una maleta en la que estaba guardando sus cosas. Se sobresaltó un poco al ver entrar a todos aquellos hombres, pero intentó disimular.

—Buenos días — dijo Hanaud—. Me alegro que ya se encuentre usted bien.

—No estoy del todo repuesta—dijo Elena—; pero no puedo soportar la idea de quedarme en esta casa.

Elena se había puesto en pie al entrar los policías y Besnard la tomó por una mano y le dijo:

—Ahora venga aquí y siéntese. El señor Hanaud desea hacerle algunas preguntas.

—Yo no sé nada—contestó la camarera.

—¿De veras?

—Nada; a mí me dijeron que podía irme a dormir.

—¿Cuándo fué eso?

—Al empezar la función.

—¿La función?

—Yo solía ayudarles, pero esta

vez no me lo permitieron... ¿Por qué?

—¡Con que se celebraban funciones! ¡Cuéntame lo que sepas!

—No me pregunte nada sobre Celia Harland. La odiaba.

—¿Por qué? ¿Tenía usted algún motivo?

—Yo les diré por qué la odiaba. Hace algunos meses la señora asistió a una función de teatro y Celia Harland trabajaba allí. Pretendía que se desligaba sola dentro de un saco... Encontraba objetos escondidos por el público... Pretendía adivinar el pensamiento. ¡Farsa, pura farsa! Y como que a la señora le gustaban estas cosas, al terminar la función se fué, habló con ella y salió vencida y convencida.

—¿Convencida?

—Sí; la trajo consigo a casa. Al cabo de una semana no había nada bastante bueno para ella; y yo que había sido la acompañante de la señora, su amiga, quedé postergada a segundo término.

—¿Y la señorita Celia sabía adivinar el porvenir?

—Cuando yo la ayudaba.

—¿Usted la ayudaba? ¿Con qué fin?

—Creía que era lo mejor. Me parecía una crueldad desilusionar a la señora.

—¿Y qué decía cuando no sabía qué contestar?

—A ella todo le era lo mismo.

—Entonces supongo que escribiría «Yo no lo sé».

—No, señor. ¿No comprende usted que esa llamada «artista» nunca confesaría su ignorancia? Se limitaba a decir que no podía contestar tal cosa o tal pregunta.

Hubo un silencio. Elena lo aprovechó para seguir arreglando su equipaje y Hanaud se volvió de repente hacia ella y preguntó:

—¿Quién era la otra mujer que estaba aquí ayer noche. ¿La había usted visto alguna otra vez?

—No.

—Describámela.

—Era alta, rubia y...

—¿También tomó ella parte en la función?

—Sí; la señora quería que Celia se desligara sola ante Adela.

—¿Adela? ¿Era éste el nombre de la mujer?

Elena mostró cierta confusión después de haber pronunciado el nombre de Adela, pero procuró disimular.

—Sí, me parece que sí. Oí cómo la señora la llamaba por este nombre.

—Muchas gracias, Elena; me ha prestado usted un valioso servicio. Tengo entendido que hizo usted una

lista de lo que la señorita Celia llevaba puesto.

—Sí, la tiene el señor Besnard.

—¿Está usted segura de no haber omitido nada?

—Está todo apuntado.

—¿Qué me dice de los pendientes de brillantes?

—Oh, sí; los había olvidado.

—¿Los llevaba puestos ayer noche la señorita Celia?

Elena empezó a vacilar. Hanaud la miraba fijamente.

—No recuerdo. Sí, casi tengo la certeza que los llevaba puestos.

—Deberían figurar en la lista. Ahora vamos a buscar las joyas de la señora Dauvray—dijo Hanaud—. ¿Dónde las guardaba?

—En la caja de caudales de su habitación.

—¿Conocía la señorita Celia la existencia de dicha caja?

—Claro que sí. Igual que yo.

—Está bien; ahora ya he terminado por completo con usted.

—¿Entonces tengo derecho a marcharme?

—Sí.

Los detectives y visitantes bajaron al piso inferior.

—¿Dónde está la habitación de la señora Dauvray? — preguntó Hanaud.

Cruzaron un amplio corredor y entraron en la mejor habitación de

la casa. Los postigos estaban herméticamente cerrados.

—No hay necesidad de que esta habitación continúe cerrada.

—¿Se trata de un deseo suyo? — preguntó Besnard.

—Dígale a Durette que telefonee pidiendo un taxi para Elena Vauquier — dijo Hanaud a Besnard, agregando unas palabras en voz baja que nadie oyó.

—Durette puede regresar aquí una vez efectuadas estas diligencias.

—Está bien — contestó Besnard.

Los cuatro hombres escudriñaban todo lo que había en la habitación y fueron a parar ante la caja de caudales empotrada en la pared y que estaba completamente abierta.

—¿Aquí es donde guardaba las joyas la señora Dauvray? — preguntó Ricardo.

—¿No le sugiere nada esa caja abierta? — preguntó Hanaud a Wettermil.

—Sí, que se apoderaron de cincuenta mil libras esterlinas de joyas.

—A mí no me indica precisamente esto.

—¿Pues qué le sugiere a usted?

—Dos cosas. Que tenían la llave de la caja o de lo contrario ésta estaría forzada.

—Es cierto—dijo Ricardo—; ¿y lo otro?

—Segundo, que las joyas no se encontraban en la caja.

—¿Qué le hace suponer esto? —preguntó Wethermil.

—Es muy sencillo. Fijense en el estado de la habitación. Todo revuelto. No encontraron las joyas en la caja y entonces tuvieron que registrarlo todo para buscarlas. Me gustaría saber si realmente ocurrió así.

Una vez hubo hablado así, Hanaud, sirviéndose de su bastón, empezó a golpear el suelo ligeramente. Casi en el centro de la habitación y debajo de la alfombra sonó a hueco.

—¡Oh! — exclamó Besnard —. ¿qué es esto?

—Ya me lo figuraba—dijo Hanaud.

Se arrodilló, levantó la alfombra, buscó en el parquet y vio que uno de los cuadros cedía.

—¡Bravo!—exclamó Hanaud.

—¡Otra caja fuerte!—dijo Wethermil—. ¿Cómo lo ha supuesto usted?

—Porque me he hallado ante un caso análogo en París.

—¡Pobre señora Dauvray, la asesinaron sin resultado alguno.

Hanaud sacó dos cajas de la trampa que había descubierto y las puso en manos de Wethermil.

—Para nada—dijo contestando a Ricardo—. Abra estas cajas, aquí están las joyas. Piense en la ironía que esto representa. La anciana señora encerrando sus joyas todas las noches en esta caja... delante de su fiel camarera y de Celia Harland. Luego, en cuanto se hallaba sola, las trasladaba inmediatamente al escondrijo debajo del parquet, lo tapaba con la alfombra y se dormía tranquilamente. Muy humano, ¿verdad? Piense ahora en los asesinos la cara que pondrían al abrir la caja empotrada en la pared y hallarla vacía. Cómo revolverían la habitación, la furia que emplearían... ¡todo en vano! Besnard, le ruego que se encargue de esas joyas. Depositelas donde puedan estar seguras en su Departamento. Gracias, Besnard.

Ricardo y Wethermil estaban perplejos. El primero pensando en la pobre anciana asesinada, y el segundo en el peligro que se encontraba Celia, ya que cada vez se la veía más comprometida.

—Señores — dijo Hanaud, dirigiéndose a Ricardo y Wethermil—, nadie debe saber que estas joyas han sido halladas. Confío en su palabra de caballeros.

—Puede usted estar completamente tranquilo—dijo Ricardo.

—Por mi parte, no debe usted temer la menor indiscreción—añadió

EL MISTERIO DE VILLA ROSA



—¿Quiere la señora que vaya a ver quién ha llamado?—preguntó Elena.

—Las dos señoras, acompañadas de Wethermill, se dirigieron al casino.



—¿No me dijo usted antes que un guardia halló la verja abierta a las once y la cerró...



—Señora Dauvray — replicó Celia —, no hagamos la prueba esta noche.



—Aquí es donde Perichet halló el cadáver—dijo Bernard.



—Bueno, si está todo dispuesto—dijo la forastera—, le ataré las manos.



—Aquí están las joyas!
¡Piense en la ironía que es
to representa!



—Aquí no encontrará ri-
validades profesionales, se-
ñor Hanau; solo abriga
mos la esperanza de descu-
brir la verdad.

EL MISTERIO DE VILLA ROSA



—Señores— dijo Harold—, nadie debe saber que estas joyas han sido halladas. Confío en su palabra de caballeros.

Harold les mostró las huellas de unas pisadas sobre la tierra del jardín.



—¡Muerta! Botones. llámame a un doctor inmediatamente, ¡rápido!



—¡Magnífica comida, estupenda!

EL MISTERIO DE VILLA ROSA



Todos penetraron en el sótano. Celia no podía hablar todavía.

—Esto nos lo dirá Celia mañana.



—Wethermil, queda usted detenido por el asesinato de la señora Dauvray y el de María Gabin.



—¿Quiero que describa usted quién mató a la señora Dauvray?

Wethermil, cada vez más pálido y abrumado por la tragedia.

Elena Vauquier terminó de arreglar todas sus cosas y se dispuso a marchar. En la puerta esperaba un taxi, tal como Hanaud había ordenado a Bernard se tuviera a disposición de la camarera para el momento de la marcha... A la puerta del coche esperaba Durette. Elena subió al taxi y, cuando iba a cerrar la puerta, vio que el agente Durette también montaba en el vehículo. Ella le miró sorprendida.

—¿A qué viene esto?

—El señor Hanaud me pidió que la acompañara hasta la estación.

—Agradezco la atención del detective, pero prefiero ir sola.

—Siento no poder complacerla, pero el señor Hanaud prefiere que yo la acompañe; así estará usted más segura conmigo.

—Esto es un atropello—dijo Elena furiosa.

—De ninguna manera, no es más que una precaución.

Elena cerró los ojos como si se dispusiera a dormir el resto del trayecto. Durette sacó un par de espaldas que llevaba ya dispuestas y manifestó a la fiel camarera de la señora Dauvray. Un grito agudo turbó por un instante la calma de las calles de Aix, pero nadie le hizo caso.

—Este no es el camino que con-

duce a la estación—dijo Elena mirando por la ventanilla.

—No; pero es el más corto para llegar a la Delegación de Policía.

Cuando regresó Besnard de depositar las joyas halladas, Hanaud y sus dos amigos todavía estaban en Villa-Rosa; el primero examinando todo lo que a su juicio pudiera aportar algún dato para esclarecer el ya famoso misterio.

—Volvamos a la habitación de la señorita Celia — dijo Hanaud —. Besnard, vamos a reconstruir la escena de cuando ha venido usted aquí con Elena para hacer la lista de los efectos de Celia. Colóquese usted donde estaba Elena.

Besnard se puso junto al tocador.

—No creo que encontremos nada más aquí—murmuró Hanaud.

—Perdone, amigo Hanaud—exclamó Besnard—; aquí hay algo diferente. Me parece que ha desaparecido algún objeto del tocador.

—Yo lo veo todo igual—objetó Hanaud.

—Pues yo estoy en lo cierto. Ya lo sé; aquí, a la derecha, había un tarro de crema y ahora no está.

—Dicen que la verdad se encuentra siempre en el fondo del pozo, pero usted, querido Besnard, la ha buscado en el fondo de un tarro de crema.

—Era un tarro bastante grande
—añadió el comisario.

—Muy bien, Besnard; usted qué-
dese aquí; yo ahora tengo algo que
hacer; y ustedes, señores, ¿qué les
parece si nos reuniéramos para al-
morzar juntos?

—Estoy de acuerdo con usted
—dijo Ricardo. ¿Dónde nos encon-
tramos? ¿En el Gran Hotel?

—No; si a ustedes no les molesta
prefiero el café del Casino. Po-
dríamos averiguar algo allí.

—Por lo que a mí se refiere, en-
cantado—dijo Weithermil.

—Hasta luego, amigo Hanaud
—dijo Ricardo.

—Yo voy hasta la Comisaría a
verificar mi informe. Adiós, hasta la
hora del almuerzo.

Solo ya Hanaud, se dirigió rápi-
damente a la Comisaría donde se en-
contraba ya Elena Vauquier. Indig-
nada y asustada miraba de un lado
a otro, cuando vio entrar a Hanaud.

—Ahora veremos lo que lleva us-
ted en la maleta—dijo el detective
sin más preámbulos.

—¿Como se atreve usted a tratar-
me así?—dijo ella.

—Yo me atrevo a todo... cuando
es necesario—y, sin hacerle el me-
nor caso iba sacando cuanto había
en la maleta.

—No tiene usted ningún derecho

a revolver mi equipaje en la for-
ma que lo hace.

—¿No tengo derecho? Ya lo ve-
remos... y muy pronto... ¡Bravo!
¡Esto es lo que yo buscaba!—añadió
el detective al encontrar un tarro de
crema entre la ropa de la camara-
ra—. ¿Verdad que este tarro es algo
muy interesante?

—¡No sé de qué me habla!

—¿No?—dijo Hanaud, sonriendo
irónicamente mientras destapaba el
tarro y metía los dedos en él sin nin-
gún escrúpulo. De repente interrumpió
su investigación y, mirando cara
a cara a Elena, continuó—. El se-
ñor Besnard me dijo que usted se
había ofrecido a hacer una lista de
la ropa de Celia Harland que había
desaparecido con ella.

—¿Y usted me echa en cara esto?

—Es que da la casualidad que
cuando usted se ofreció a prestar
este servicio a la policía todavía se
hallaba debilitada por el incidente.
Usted se ofreció. Fué una acción
muy loable por su parte, lo reco-
nozco.

—Era mi deber como fiel servi-
dora de la casa, la más antigua, más
que Celia, mucho más...

—Cuando Besnard me dió esta
información, supuse que podía us-
ted tener dos motivos: o quería us-

ted sustraer algo de la habitación o deseaba esconder algo en ella.

—El comisario Besnard no me abandonó un instante.

—No, ya lo sé; pero se asomó a la ventana cuando yo llegué con objeto de saludarme... usted aprovechó aquel instante... Y sobre el último vestido que usted tocó, yo hallé una pequeña porción de crema.

Elena empezaba a desconcertarse.

—No se acordó de poner usted en la lista los pendientes de brillantes de la señorita Celia, ¿verdad? No se acordó de ellos hasta que yo refresqué su memoria, ¿eh? Ahora tengo curiosidad por saber el por qué se olvidó usted de ponerlos en la lista.

Tal vez este tarro nos revele el secreto.

Continuó Hanaud hurgando dentro del tarro y sacó un largo pendiente cubierto de crema blanca.

—Aquí está un pendiente cubierto de grasa... y otro pendiente igual. Muy hábil, muy hábil. Retengan a esta mujer aquí con el cargo de robo por el momento luego ya veremos qué resulta.

—Muy bien—dijo Durette, que había estado presente todo el rato.

—Durette, la detención de esta mujer, por ahora, debe permanecer absolutamente secreta. No conviene la menor publicidad. Yo estaré en el café del Casino si me necesitan.

EL ANUNCIO EN EL DIARIO

EN la terraza del café del Casino, Ricardo y Wethermil había ya reservado una mesa y esperaban un poco nerviosos la llegada de Hansud, seguros de que les traería alguna noticia interesante. Por fin vieron aparecer la figura simpática y sonriente del detective que se dirigía hacia ellos.

—Lamento haber llegado tarde, caballeros.

—¿Tiene usted alguna noticia de Celia?—preguntó Wethermil.

—Perdone un instante. Camarero, ¿con qué suculencias piensa usted tentarme este mediodía?

—Puedo ofrecer al señor unos calamares rellenos, algo exquisito, mejillones hervidos con bechamel y langosta cardinal...

—¿No tiene usted algo que posea más vitaminas y sea más positivo?

—Caldo de aves con pechugas picadas.

—Pero, ¿es que no sirven carne en este restaurante?

—¿Carne? claro, también servimos carne.

—Pues hombre, un filete a la Rossini, algo crudo, tierno, jugoso, con judías verdes, patatas fritas y unos cuantos espárragos.

El camarero había ido repitiendo palabra por palabra el encargo del detective y anotado en su carnet.

—Sírvenme pronto, que no me sobra tiempo. Me había preguntado usted algo, señor Wethermill, ¿verdad?

—Sí, le he preguntado si tenía noticias de Celia.

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

—Nada, nada absolutamente.

—¿Ningún progreso todavía?—
dijo Ricardo.

—Yo no diría eso. Veamos lo que
hemos descubierto esta mañana. Pri-
mero, que había cómplices dentro
de la villa; segundo, que los asesi-
nos, un hombre... y una mujer, sa-
lieron de la casa entre las once y las
dos de la madrugada en el coche de
la señora Dauvray; pero sin llevarse
lo que les había movido a cometer el
asesinato. Es decir, las joyas: ¿Cono-
cía usted a la señora Dauvray?—di-
jo Hanaud dirigiéndose al camarero
en el momento que le traía el filete.

—Ya lo creo—contestó el cama-
rero, encantado de poder meter ba-
za—. Solía venir aquí muy a me-
nudo.

—¿La vió usted alguna vez en
compañía de una mujer de cabello
negro?

—No, señor Hanaud, no lo re-
cuerdo.

—Elena dijo...—empezó a decir
Ricardo.

Hanaud le interrumpió.

—Elena no dijo siempre la ver-
dad. Lo que dijo sobre su odio contra
Celia, por ejemplo, eso era verdad.

—¿Cómo lo sabe usted?—pre-
guntó Wethermil.

—Una mujer de baja condición
moral como Elena Vauquier no po-
día tolerar a una Celia Harland.

—¿Cómo supone usted entonces
que no todo lo que dijo era verdad?

—Me explicaré. Perdonen que lo
haga mientras estamos comiendo,
pero mi oficio tiene ciertas exigen-
cias—y Hanaud sacó su cartera del
bolalito, la abrió y les mostró un ca-
bello negro.

—¿Un cabello negro?—dijo Ri-
cardo.

—Sí, señores, ¡un cabello negro!
Lo hallé sobre la mesa del salón. No
era fácil de descubrir, pero yo lo vi.
El cabello de la señora Dauvray era
gris, el de Celia castaño claro, igual
que el de Elena.

—¿Y ha dejado usted escapar a
Elena?—dijo Wethermil.

—¿Bajo qué motivo podía yo re-
tenerla? Les diré a ustedes más. Es-
ta mujer de cabello negro está en
Ginebra..., según creo.

—¿Y el hombre?—interrogó
Wethermil.

—Del hombre no sabemos nada.
Puede hallarse en Ginebra o en Mar-
sella, o aquí en Aix. Podría estar co-
miendo en este mismo restaurante.

El guardia Perrichet apareció en
la terraza y se acercó al detective.

—Perdone, señor Hanaud: el se-
ñor Besnard dice que ha sido ha-
llado el coche de la señora Dauvray.

—¡Estupendo!—exclamó Ha-
naud.

—¿Nos vamos?—dijo Ricardo.

—Como ustedes quieran; en cuanto a mí, primero terminaré de comer—y el detective continuó comiendo mientras los otros dos le observaban y admiraban por su calma.

Terminada la comida los tres amigos regresaron a Villa Rosa donde encontraron al chofer Servettaz que estaba examinando el coche hallado.

—¡Ah! Servettaz—exclamó Hanaud—. ¡ya tiene usted su coche aquí!

—Sí, señor; me han avisado de la Delegación de Policía y lo he ido a recoger.

—¿Sabe usted la cantidad de gasolina que desapareció de este garaje?

—Sí, señor.

—¿Entonces podría usted decirme a qué distancia pudieron llevarse el coche ayer noche?

—Yo diría a unos ciento cuarenta kilómetros, o tal vez más.

—De aquí a Ginebra setenta y cinco; viaje de ida y vuelta, ciento cincuenta—dijo Hanaud, como si hablara para sí.

Besnard le escuchaba atentamente.

—Besnard—dijo el detective—, ¿qué opina de todo esto?

—Fíjese—dijo Besnard—; un hilo blanco, aquí en la portezuela del auto.

—Es un hilo de gasa blanca. Ca-

lia vestía un traje del mismo tejido.

—¿Sugiere usted la idea de que la señorita Celia viajó en este coche?

—Sí, amigo Besnard; y todavía le diré a usted otra cosa. Los asesinos intentaron devolver el coche a Villa Rosa. De haberlo conseguido, el chofer no habría echado de menos la bencina robada, pero nuestro inteligente Perrichet les estropeó el plan descubriendo el crimen demasiado pronto. El amigo Perrichet les interceptó el paso.

—Lo siento, señor, lo siento—dijo el guardia, compungido; que también se encontraba reconociendo el coche.

—No se lo tome en serio, Perrichet—dijo el sonriente Hanaud—; hizo usted perfectamente bien.

—¿Entonces, dónde se encuentra la señorita Celia?—preguntó Ricardo.

—Tiene usted razón. ¿Qué habrá sido de la infeliz Celia?—dijo Hanaud.

El misterio parecía complicarse cada vez más; solamente Hanaud había logrado, o así lo creía, desenmarañarlo, pero faltaba mucho para aclararlo todo. Rápidamente se dirigió el detective a Wethermill, preguntando:

—¿Tiene usted un mapa de las carreteras de este distrito?

—Sí—contestó el joven.

—¿Comprado recientemente?

—Sí, la semana pasada.

—Muy bien, muy bien. Señores, yo me retiro al hotel, tengo que estudiar varios puntos que no aparecen claros y necesito estar solo. Adiós.

Parecía que todos tenían deseos de estar solos, pues Wethermil dijo que se iba al Casino y Ricardo tomó el paso del lago silenciosamente.

Hanaud se dirigió al hotel y al poco rato de estar allí la vocacita de un botones le anunció la visita de Wethermil.

—¿Qué ocurre? —preguntó el detective.

—He tenido que venir inmediatamente.

—¿Por qué ha tenido que venir?

—¿Ha visto usted esto? ¿Qué es lo que está haciendo Ricardo?

Wethermil mostró al detective un periódico en el cual había inserto un anuncio en el que se daba una descripción completa de Celia Harland, de su físico, su vestido, todo, excepto su nombre, y además se ofrecía una recompensa de cuatro mil francos a la persona que contribuyera a descubrir su paradero. Todo informe debía mandarse al señor Julio Ricardo, Hotel Majestic, en Aix-les-Bains.

—Ricardo quedará tan sorprendido como usted.

—¿No está enterado de esto?

—No, a no ser que igual que usted haya comprado el diario de la noche.

—¿Entonces qué es lo que significa esto?

—Señor Wethermil, usted viene a saber noticias; Ricardo no las traerá, a lo menos así lo espero.

—¿Pobre Celia!

—Sí, es probable que las noticias no sean muy buenas.

—Cualquier cosa será mejor que esta incertidumbre.

No habían pasado muchos minutos cuando apareció Ricardo, alarmado. Llevaba un telegrama en la mano que entregó al detective.

Hanaud lo tomó y leyó lo siguiente: «Contestando a su anuncio, llegaré a las 10.30, noche. Iré directamente al hotel—Marta Gobin.»

—¡Fantástico! ¡Qué oportuna! —exclamó el detective.

—¿Pero a qué viene este telegrama? —preguntaba atónito el pobre Ricardo.

—¿Tú no sabes nada de este anuncio? —preguntó Wethermil a su amigo, al tiempo que le mostraba el diario.

—¿Yo?

—Este anuncio lo he mandado publicar yo—dijo Hanaud.

—¿Pero por qué ha usado usted mi nombre?

—Porque no hay ningún delincuente que conteste al anuncio de un detective.

—Sí, claro; pero...

—Mi querido Ricardo, si yo lo hubiese firmado, las personas a quienes buscamos se hubieran enterado de que yo, Hanaud, les persigo, y a mí me conviene evitar esto a toda costa.

—La descripción no es completa. Ha olvidado usted de incluir los pendientes de brillantes.

—¡Ah! ¿Se ha fijado usted en este detalle? Con un poco más de experiencia, Ricardo, casi que podría usted ponerse en mi lugar.

—¿Dejó usted de mencionar los pendientes deliberadamente?—preguntó Wethermil.

—Pero ¿por qué?—insistió Ricardo.

—Señores, están ustedes discutiendo mis métodos.

—Muy bien —dijo Ricardo—: ¿cuando llegue esa mujer, qué he de hacer? Marta Gobin, Marta Gobin; ¿qué clase de mujer será?—Ricardo estaba intrigado.

—Déjemela usted a mí. Ella llegará al hotel a eso de las diez; yo estaré allí con usted antes de esa hora.

—¿Puedo ir yo también?—preguntó Wethermil.

—Claro que sí, y ahora, amigos míos, les ruego que me dejen. Este asunto tiene varios aspectos que requieren estudio y meditación.

MARTA GOBIN

DE la estación donde llegaba el tren de Ginebra salió una mujer de tipo campesino, bien arreglada. Esta mujer tendría unos sesenta años. Su primera intención fué emprender el camino andando, pero temiendo que la distancia fuese muy larga, se acercó a un coche de punto e interrogó al cochero:

—Buen hombre—dijo la viejecita—, ¿cuánto me cobrará usted para llevarme al Gran Hotel?

El cochero miró extrañado a la cliente, que no tenía aspecto de dirigirse a hotel de semejante categoría.

—Cinco francos—contestó despectivamente.

—¿No podría llevarme por cuatro y medio?—insistió la anciana.

—Cuatro setenta y cinco, ni un céntimo menos.

—¿Incluida la propina?

—Suba, buena mujer, y no discutamos más.

La anciana se acomodó en el coche y éste se puso en marcha con bastante lentitud.

En el vestíbulo del Gran Hotel se reunieron Ricardo y Hanaud a la hora prevista.

—¿No ha llegado Wethermill?

—preguntó Hanaud.

—Todavía no.

—Tampoco ha llegado la señora del anuncio, Marta Gobin.

—Esta no puede tardar mucho, si viene directamente desde la estación.

—Oiga, amigo Ricardo, ¿tiene usted disponible la recompensa que

hemos de dar a esa señora, según sea la información que nos facilite?

—Lo tengo aquí disponible. Ojalá sirva este dinero para hacer algún bien a Celia Harland.

—Siento usted un vivo interés por la muchacha. ¿La conocía usted bien?

—Muy poco, pero me inspira lástima.

—¿Fue éste el motivo que le hizo esconder la pandereta detrás de la cortina de Villa Rosa, mientras yo estaba examinándolo todo?

Ricardo se sofocó como un colegial. Era verdad lo que había dicho Hanaud, y también era verdad que lo hizo para que no aparecieran más cargos contra Celia.

—Usted creyó que no le veía. Ah, se le escaparon pocas cosas al viejo zorro Hanaud—dijo éste sonriendo y dando una palmadita a la espalda de Ricardo.

Mientras así hablaban llegó Wot. hermil.

—Llega usted a tiempo para recibir a nuestra visitante de Ginebra.

El cochecito donde viajaba la buena señora recién llegada de Ginebra, que no era otra que Marta Gobin, iba pasando de una calle a otra para llegar al Gran Hotel. Las calles estaban desiertas. Cuando el vehículo pasó por una calle muy estrecha, desde la entrada de una casa

se hizo un disparo contra el coche. Paró el cochero al oír la detonación y se apeó para ver si había ocurrido algo a su pasajera. Esta, mortalmente herida, continuaba sentada en el mismo sitio donde se había colocado al subir. El hotel estaba a poca distancia. El cochero volvió a emprender la marcha y llegó a la puerta del establecimiento donde pudo dar cuenta de lo que había ocurrido. Pronto se reunió gente, acudieron unos guardias, y, creyendo que todavía vivía la infeliz mujer, la cogieron en brazos y la depositaron en un sofá del vestibulo.

Los empleados del hotel, pasajeros y visitantes rodearon al que en primer lugar creyeron que se trataba de un herido.

—¿Qué ocurre?—preguntó el director—. ¿Algún accidente?

—¡Está muerta, señor!

—¿Muerta? Botones, llame a un doctor inmediatamente, rápido. Qué desgracia, nunca me había encontrado con un caso semejante.

Hanaud y sus dos compañeros se encontraban también allí. El detective, con su natural audacia, se acercó adonde estaba tendida aquella desconocida.

—Le ruego que se aparten—dijo el director del hotel.

—Soy Hanaud.

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

—Oh, usted perdona, señor detective.

Hanaud cogió el bolso que la muerta retenía todavía en la mano, lo abrió y encontró en él una tarjeta con las siguientes señas:

«Marta Gobin, enfermera. Rue du Quai, Ginebra.»

Además, encontró una carta dirigida a Ricardo. Hanaud cogió la carta y dijo a uno de los policías que había llegado, que él se hacía cargo de aquella misiva, por considerarla relacionada con el asesinato de la Dauvray.

Wethermil, que apenas había hablado una palabra, dijo:

—Se nos ha escapado una oportunidad que teníamos para saber dónde se halla Celia.

—Hanaud—dijo Ricardo—, ¿qué le parece si fuéramos a mi habitación?

—Sí, es preferible; hay demasiada confusión aquí.

—Yo regresaré al hotel — dijo Wethermil—, me siento...

—Sí—repuso Hanaud—, es preferible; está usted agotado. Trate de dormir; parece que no haya dormido durante varias semanas.

—No, si tiene usted razón; pero no deje de avisarme si tiene alguna noticia. Buenas noches.

—Le avisaré en cuanto sepa algo que pueda interesarle.

—Gracias — contestó Wethermil, y se marchó.

—Pobre muchacho—observó Ricardo—; está verdaderamente trastornado. Su situación es terrible: enamorado de una muchacha que a todas luces es una...

—No se precipite, Ricardo. Ahora estoy pensando en esa pobre mujer muerta que hay abajo. Y ha sido culpa de mi poco cuidado. Ahora sí que será difícil averiguar nada.

—Veamos lo que dice la carta.

—Tiene usted razón; ya pensaba en ello, pero pensaba en otra cosa también. Ábrala; ábrala.

Ricardo abrió la carta y empezó a leer:

«Fecha en Ginebra.

«Escribo aquí este informe en contestación al anuncio publicado por usted, por si acaso me ocurriera algún accidente durante el viaje o alguien intentara ponerme algún obstáculo. Intento ir a Aix, mañana, al objeto de cobrar el dinero que usted ofrece en el anuncio.

«La noche del crimen de Villa Rosa, me llamaron tarde para visitar a un enfermo grave. Cuando regresaba a mi casa a las tres de la madrugada, vi un coche que se paraba en la casa frente a la mía. Una joven, vestida exactamente igual a la descrita en su anuncio, se apeó acompañada de una mujer de pelo

negro, conocida en mi vecindario por el nombre de Adela Rossignol. Corrió cautelosamente desde el coche a la casa número 10 de la Rue du Quai. Esto es todo cuanto sé y espero sea cuanto necesita.—Marta Cabin.»

—Marta Cabin, ¡hablando después de muerte!—dijo Hanaud.

—Adela Rossignol—dijo Ricardo.

—¿Dónde está el teléfono en esta habitación, Ricardo?

—En aquel rincón. ¿Qué piensa usted hacer?

—Llamar a Besnard.

—¿Y Wethermill?

—No, está agotado. Este trabajo lo podemos hacer solos.

Hanaud pidió conferencia con Ginebra. Se la concedieron a los pocos minutos.

—Oiga, oiga, habla el inspector Hanaud, de París...

—¿Hanaud? ¿Qué tal, cómo está, querido señor Hanaud?

—Muy bien; está aquí conmigo el señor Julio Ricardo; ténganlo todo preparado para cuando lleguemos nosotros. ¿Entendido?

—Sí, señor Hanaud, muy bien; hasta luego.

Terminada esta breve y enigmática conferencia, Hanaud dijo a su amigo que ambos irían a la comisaría de policía. Poco tardaron en llegar allí, donde fueron recibidos

por el agente Lamaree, que les dispensó una cordial acogida.

—Señoras, siéntense. He llevado a efecto las gestiones que encargaron ustedes al señor Besnard. ¿Cuándo hemos de salir hacia la rue du Quai?

—Mañana, en cuanto anochezca. Cuanto hemos de hacer ahora debe ser realizado en secreto. Debe constituir una completa sorpresa para los raptos de la señorita Celia.

—¿Raptos? — exclamaron todos los que escuchaban a Hanaud.

—Ah, ah, caballeros; veo que les ha sorprendido. Creían ustedes conocer mi pensamiento. Estaban ustedes equivocados. No, Celia Harland no fué cómplice en el asesinato de la señora Dauvray. Estoy seguro de ello.

—¿Cómo puede ser esto?—dijo Ricardo.

—Es una pregunta que contestaré gustoso. ¿Recuerda usted haberme oído decir que todas las apariciones estaban contra Celia Harland, que su caso era negroísimo?

—Y así era, en efecto—dijo Besnard que también se encontraba presente.

—Demasiado. Aquellas huellas de los pies en el jardín de Villa Rosa, de las que habían tres series distintas, pero solamente se veían claras las de Celia Harland.

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

—Sí — interrumpió Besnard —, pero aquellas huellas de sus pies también demuestran que se dirigió desde el salón hasta el coche y la carta de Marta Gobin que usted nos ha mostrado dice que corrió cautelosamente y desapareció en la casa de la Rue du Qual.

—Es cierto, mi querido comisario, pero hay varios sistemas de convencer a la gente. Ya puede usted suponer que los individuos que raptaron a Celia serían persuasivos en su manera de trabajar.

—Entonces, si Celia no fué cómplice, ¿qué representa su conducta? — preguntó Ricardo.

—Un testigo, un testigo involuntario — replicó Hanaud — que no conviene que hable.

—¿Entonces esto fué la causa de que la raptaran?

—Se equivoca usted, querido Ricardo. La raptaron cuando descubrieron que las joyas de la Dauvray no estaban donde se imaginaban. Supusieron que Celia podría saber el paradero de las joyas y se la llevaron para arrancarle el secreto.

—¡Así es posible que la maten! — dijo Ricardo horrorizado.

—Exactamente, pero no lo harán mientras no se enteren de que las joyas han sido halladas.

—¿Por esto insistió usted, Hanaud, en que se guardara secreto

sobre el hallazgo? — preguntó Besnard.

—Y ahora, señores, estoy hambriento. ¿Conocen ustedes un buen restaurante?

—Ya lo creo, hay uno magnífico a poca distancia de aquí.

En un sótano húmedo y maloliente, en un camastro está atada Celia Harland. No sabe dónde se encuentra, la hora, el día en que vive. Junto a ella una vieja mujer, prototipo de una bruja que la vigila constantemente. La joven intenta soltar las ligaduras, pero toda su ciencia en este sentido es inútil; las manos que la han atado sabían bien lo que hacían.

—¿Cuánto tiempo he de estar aquí? — pregunta la infeliz muchacha.

Pasan los minutos y las horas sin que nadie le diga nada y está al borde de la desesperación.

Se abrió una puerta y apareció aquella mujer que la señora Dauvray le había presentado con el nombre de señora Rossignol, la misma de la fatídica sesión y que la había traído consigo a la fuerza desde Villa Rosa.

—Bueno — gritó la Rossignol —, ¿está usted decidida a hablar?

—Yo no sé nada, le juro que no sé nada.

—Nosotros queremos esas joyas y usted sabe dónde están.

—Nunca me dijo dónde guardaba las joyas.

—Usted sabe dónde las ocultaba. ¡Dígallo!

—Yo no conocía otro sitio que la caja de caudales.

—Eso fué un truco suyo fraguado con la vieja. ¿Bueno, nos lo va a decir o no?

Al decir esto sacudió a la pobre Celia para ver si lograba hacerla hablar. En vista de que no decía nada cogió una botella de vitriolo y vertió un poco sobre la mesa. El tapete que lo cubría se quemó rápidamente.

—La próxima vez lo echaremos sobre su piel—dijo aquella mala mujer.

—Yo no sé nada, nada absolutamente—gritó Celia llena de angustia.

Un hombre penetró en el sótano donde estaba prisionera Celia. Llevaba un diario en la mano y tenía un aspecto atroz.

—¡Adela! ¡Lee!

El diario explicaba que habían sido halladas las joyas de la señora Dauvray y que se suponía quiénes eran los autores del asesinato.

—¿Con que lo sabías y lo has negado? Muy bien, te arrepentirás.

—¿Qué vas a hacer con ella?—preguntó el hombre.

—Es necesario deshacernos de esta muchacha. Ya pensaré cuál es el mejor procedimiento. Por de pronto prepara la barquita y colócala al pie de la escalerilla que da al lago. Tace.

Todo era el compañero de fechoría de Adela Rossignol, el mismo que la acompañaba el día antes del crimen en la terraza del Casino de Aix.

Hanaud y Ricardó estaban comiendo tranquilamente en un restaurante.

—¡Magnífica comida, estupenda!

—Sí, no cabe duda—dijo Ricardó—, pero no comprendo por qué no nos hemos ido dirigiéndonos inmediatamente a la Rue du Quai.

—Ya le he dicho que por ahora Celia no corre ningún peligro. Disfrute en paz de la comida.

Mientras así hablaba Hanaud, Adela y su compañero habían colocado a Celia dentro de un saco que depositaron en una barquita que tenían sujeta al pie de la escalerilla de su casa que daba al lago. Celia vivía, pero como ellos tenían la intención de soltar la barquilla y ella se hallaba atada dentro del saco, el resultado forzosamente tenía que ser fatal.

—¿Atarás un peso al saco?—preguntó Tace—. A veces suben a la superficie, ¿comprendes?

—No habrá quien llegue a tiempo. Anda, idiota, coloca bien este fardo. ¡Date prisa!

Era un poco difícil de manejar el saco con Celia adentro y los dos malvados tuvieron que sufrir un poco para realizarlo, pero obstinados como estaban en deshacerse del único testigo que podía comprometerles, no cesaron hasta dejarla sobre la frágil barquilla confiando que ésta soportaría y así pondría fin a la vida de Celia.

Hanaud continuaba saboreando los platos que le servían. La comida llegó a su fin.

—Mozo, tráiganos cigarrillos. Ahora ya no podemos perder más tiempo.

Besnard y Lamaree llegaron para recibir órdenes.

—Mis queridos amigos—dijo Hanaud—. Vamos a asegurar el golpe. Usted, Besnard, y dos agentes vayan en coche por la carretera. Ricardo, Lamaree y yo iremos por el lago en la gasolinera más rápida que podamos disponer.

—La policía tiene una a su disposición—dijo Besnard.

—Pues no hablemos más. Cada uno por su lado y a ver si sitiamos a los ocupantes de la Rue du Quai, an-

tes de que hayan hecho ningún daño a la señorita Celia.

En un rápido automóvil partió en dirección a Ginebra el comisario Besnard acompañado de dos agentes y por el lago Hanaud y sus compañeros. Con una velocidad vertiginosa la gasolinera iba cortando las pacíficas aguas del lago. Como suele suceder con frecuencia entre gente malvada, Adela y Tace no acababan de decidirse a marchar y tampoco habían soltado la barquilla. De pronto apareció el reflector de la gasolinera que se dirigía directamente al desembarcadero donde estaba balanceándose la embarcación donde yacía desmayada Celia.

Besnard con el auto había llegado también a la Rue du Quai y había penetrado en la casa sin contemplación alguna. Los dos criminales, al ver a la policía en la casa, buscaron la salida por el lago, pero la gasolinera ya había llegado y sus ocupantes se habían hecho cargo del saco donde se estaba asfixiando Celia.

Abrieron el saco y encontraron a la pobre joven en estado lastimoso.

—¿Supongo que no habremos llegado tarde?—preguntó Hanaud.

—Creo que solamente se trata de un desmayo y el consiguiente susto del día del crimen y del tiempo pasado aquí—dijo Ricardo.

Todos subieron por las escaleri-

llas y penetraron en el sótano. Celia no podía hablar todavía. Examinaron la habitación donde había estado la joven. El lecho con las cuerdas todavía, la botella de vitriolo sobre la mesa, detalles que revelaban la clase de personal de que se trataba.

—Si nos descuidamos un poco la encontramos muerta y yo habría tenido la culpa—dijo Hanaud.

—¿Se ha fijado en el vitriolo?

—preguntó Ricardo.

—Ahora comprenderá usted có-

mo persuadieron a Celia para entrar en la casa.

—Pero, ¿quién es el asesino, pregunto yo?—exclamó Ricardo.

—Esto nos lo dirá Celia mañana, o tan pronto como se reponga.

—¿Celia?

—Yo creo que sí. Ella estaba en la casa cuando mataron a la señora Dauvray. Forzosamente ha de tener más información que nosotros—replicó Hanaud.

¿QUIÉN ES EL ASESINO?

A primera hora del día siguiente, Ricardo fué el primero en dirigirse al hotel para cambiar impresiones con Hanaud. Este había mandado un recado a Wethermil y le esperaba de un momento a otro. El atribulado joven no se hizo esperar.

Una ligera llamada a la puerta.

—Adelante—dijo Hanaud.

Era Wethermil, pálido, ansioso, verdaderamente angustiado.

—Salí a escape en cuanto recibí su mensaje.

—¿Tiene usted alguna noticia?

—La señorita Harlan ha sido rescatada—dijo Hanaud.

—¿Está bien? ¿No le ha ocurrido nada?

—Sí y no. Debe usted prepararse para una mala noticia.

—¿No habrá muerto?

—Vive, pero es como si no viviera. Ha perdido la memoria, total, absolutamente. Los choques de estos días han sido demasiado para su pobre cerebro.

—¡Pobre Celia!

—Señor Wethermil, usted siempre sostuvo que Celia era inocente, que era una víctima, no una cómplice...

—Y todavía lo sostengo.

—Pues ha acertado usted.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Porque ya sé quién es el asesino!

—¿Quién es?—preguntó Ricardo.

—Señores, estoy desconsolado

porque no puedo decirselo. Yo, Hanaud, debo confesarlo, no poseo ninguna prueba.

—De manera que el gran Hanaud ha sido superado por el criminal— dijo Ricardo.

—Magistralmente superado. Usted, señor Wethermil, fué quien vino a buscarme para que hallase a la señorita Celia y probara su inocencia. Usted tiene deseos de verla en libertad siempre que resulte inocente, ¿verdad?

—Yo la creo inocente— dijo Wethermil.

—Si está usted convencido de esto ayúdeme a verificar un experimento.

—Estoy a su disposición, señor Hanaud.

—Ahora es temprano todavía y la señorita Celia no está dispuesta todavía a sufrir ningún interrogatorio. Su estado es muy delicado y no puedo arriesgarme a echar a perder los planes que tengo.

—¿Cree usted que Celia se pondrá pronto?—preguntó Ricardo.

—De momento y en carácter de detenida, está instalada en Villa Rosa. He creído que sería más fácil que recobrase su estado normal allí, rodeada de todas sus cosas que no en una clínica donde se tuvo intención de mandarla al principio.

Wethermil escuchaba paciente-

mente todo lo que decía Hanaud, pero no ofrecía ninguna réplica. Sin duda el estado físico de Celia le preocupaba.

—Caballeros y amigos, tanto usted, Ricardo, como Wethermil, se han esmerado en ayudarme. Ahora, la prueba a que quiero someter a la señorita Harland es un poco dura y necesitareé quien me ayude. ¿Supongo que puedo contar con ustedes como hasta ahora?

—Ni hablar, señor Hanaud— dijo Wethermil como si despertara de un sueño—; para ayudar a usted en todo lo que sea para probar la inocencia de Celia puede disponer de mí en cualquier momento y lugar.

—En cuanto a mí—dijo Ricardo—desde que empezó este proceso, es decir, desde que Wethermil vino a buscarme para que le presentara a usted, amigo Hanaud, que bien puedo decir que no me he ocupado de otra cosa.

—Es verdad—dijo Hanaud—que usted es un asiduo de esta población.

—Me parece que estoy viendo a la señora Dauvray y a Celia en el casino la noche antes del crimen—dijo Ricardo.

—Era muy popular en Aix, la buena señora, por lo que veo—dijo el detective.

EL MISTERIO DE VILLA ROSA

—Sus joyas la habían hecho famosa—dijo Ricardo.

—Y han acabado por hacerla célebre.

—¡Triste celebridad!

—Entonces—dijo el joven, aprovechando una pausa de los otros dos—¿cuándo me necesitará usted a mí?

—Le avisaré tan pronto como tenga resueltos algunos extremos que ahora se me han ocurrido. Es muy probable que sea hoy mismo. ¿Puedo llamarle al hotel?

—Claro, voy allí y no pienso salir. Estoy destrozado. ¿Qué cambios en tan pocos días!

—Wethermil no se tome las cosas por lo trágico.

—Sería una pena terrible—dijo Ricardo—. El asesino de la señora Dauvray tiene sobre su conciencia la muerte de la primera, la de Marta Cobin y tal vez la locura de Celia.

—Si los criminales meditaran un poco antes de lanzarse a cometer sus maldades... pero entonces ya no serían criminales—dijo el detective.

—Señores, yo me retiro—dijo Wethermil—. esperaré su aviso, señor Hanaud, ya sabe que estoy completamente a su disposición.

—Gracias, amigo Wethermil, puede usted prestarme una gran ayuda, y a ver si entre todos logra-

mos llegar al final del trágico suceso.

—Adiós, Ricardo, adiós mi estimado detective, hasta más tarde.

—¿En qué está usted pensando?—preguntó Hanaud al ver el semblante meditativo de su compañero.

—Pues en que si yo hubiese tenido que resolver este asunto, hoy la pobre Celia ya habría muerto.

—¿Por qué?

—Porque de todos los datos que yo he reunido, ninguno me habría conducido a la verdad.

—¿Había reunido datos, amigo Ricardo?

—Sí, los tengo anotados en un papel.

—Déjeme verlos.

—No, Hanaud, se burlaría usted de mí.

—Está usted en un error. Muchas veces he descubierto cosas por la trivial observación del último de los guardias que me han acompañado en algún servicio. ¿A ver esa lista?

—Se la enseñaré bajo la condición de que si tiene ganas de burlarse de mí, espere a hacerlo cuando me vaya.

—Acepto sus condiciones.

Ricardo, halagado, entregó un papel a Hanaud.

—Magnífico y qué bien ordenado.

—Los hechos ahora ya demues-

tran que en muchas cosas, en todo casi, yo estaba equivocado. Lea y verá.

—Vamos a ver:

«Principal personaje del caso, después de la señora Dauvray: Celia Harland. Es dudoso explicar la forma en que Celia entró a formar parte del personal de la señora Dauvray. El extraordinario ascendiente que dicha joven adquirió sobre su ama es sospechoso. ¿De qué medios se valió? ¿Sus brujerías? El que a la señora Dauvray nada le parecía bastante para Celia lo demuestra el equipo que tenía: vestidos, joyas, etcétera. ¿Quién consigue el permiso para que el chofer no se encuentre en casa la noche del crimen? Celia. ¿Quién compró la cuerda con la cual fué estrangulada la víctima y atada la camarera Elena? Celia. ¿De quién son las huellas de los pies en el jardín? De Celia. Celia tenía costumbre de vestir de negro cuando celebraba alguna sesión. ¿Por qué aquella noche vistió de blanco? Como punto culminante de todos estos antecedentes, la joven desaparece.»

—Admirable —dijo Hanaud—, usted es un buen observador, pero observador de todo aquello que vimos y nos dijeron. Es necesario ver lo que no está en primer término y no creer demasiado todo lo que se nos dice. Usted tomó al pie de

la letra la declaración de Elena y ésta mintió como una bellaca. Pero no hablemos de esto, veo que su informe no acaba aquí, continuemos:

«Un hombre ha tomado parte en el crimen. ¿Quién puede ser? ¿Tenía Celia un amante? No. ¿No sería posible que durante los años que trabajó en el teatro Celia hubiera contraído amistad con gente que hoy la hubiese obligado, por coacción, a ser cómplice de un crimen odioso para apoderarse de las joyas de su dueña?»

—Ricardo, no andaba usted del todo desencaminado, el error principal consiste en que usted casi declara culpable a Celia y ahora los hechos nos han demostrado, o nos lo demostrarán muy en breve que no lo es.

Sonó el teléfono. Hanaud acudió a la llamada.

—¿Diga?

—Habla Wethermil, estoy aquí en el vestíbulo del hotel, ¿puedo subir?

—No faltaría más, suba en seguida que estoy dando clase a Ricardo y usted podrá también aprovechar la lección.

Instantes después penetraba Wethermil en el cuarto, esbello, elegante, el verdadero tipo del aristócrata inglés.

—Estoy tan absorto por nuestro

asunto, que si me alejo de usted, Hanaud, me parece que falto a mi deber.

—Llega usted en un momento interesantísimo.

Con una ironía apenas imperceptible, continuó el detective.

—He pedido a Ricardo su opinión sobre el asunto y me la ha dado por escrito. Estoy seguro de que no ha hecho usted tanto.

—Se lo aseguro. No me veo capaz de ser detective en los días de mi vida y si no fuera por Celia no me habría preocupado por nada del asunto. Detesto todo lo que está relacionado con el crimen.

—Lo comprendo — dijo Ricardo —. Wethermil es un hombre de ciencia. Debes sentirte muy fuera de tu lugar.

—Sí, no lo dudo — dijo Hanaud — pero a veces las circunstancias nos arrastran por caminos que detestamos. Por cierto, que me extraña que un joven de su posición se hubiese enamorado de una simple acompañante.

—No es posible dominar nuestros sentimientos. Me ha enamorado de Celia.

—No debo inmiscuirme en estos asuntos. Continuemos nuestra clase de detectivismo. A ver, Ricardo, ¿dónde estábamos? Sus apuntes son la mar de interesantes, pero omite

los únicos datos que pueden llevarnos a descubrir el culpable.

—¿Podría ver los apuntes de Ricardo? — preguntó Wethermil.

—Sí, hombre, sí.

Harry Wethermil cogió el papel y empezó a leer.

—No, no, de ninguna manera — exclamó excitado —. Aquí no hay más culpable que Celia y esto no es cierto.

—No discutamos esto — dijo Hanaud —, porque los hechos ya empiezan a demostrar lo contrario, pero analicemos otros puntos.

—Hanaud, se está usted burlando de nosotros y de las víctimas — dijo Wethermil con cierta nerviosidad.

—Es mi manera de trabajar. Estoy pensando en voz alta. Les ruego que tengan paciencia.

De los dos hombres que escuchaban a Hanaud, Ricardo estaba pasando un buen rato, en cambio no se podía decir lo mismo del joven, que era con mucho esfuerzo que disimulaba la poca gracia que le hacían las historias de Hanaud y especialmente el tono irónico de las mismas.

—Supongamos que alguien oye ruidos o gritos en Villa Rosa. La consecuencia podía ser fatal. Por consiguiente, el silencio era factor indispensable. Me parece recordar que

sólo se había caído una silla. Poco cosa, realmente, pero demuestra que no hubo violencia por parte de nadie. No cabe duda de que un cerebro ordenado, frío, metódico, preparó el crimen. ¿Cuántos cómplices tenía dentro de Villa Rosa? ¿Uno? ¿Dos?

—¡No!—gritó Wethermil.

Hanaud no le hizo ningún caso.

—Según dijo Elena, la visitante de la señora Dauvray llegó a la casa a las nueve y media, poco más o menos. El hombre llegó más tarde y él fue quien dejó la verja abierta y penetró en el salón cuando las luces ya estaban apagadas. ¿Qué ocurrió entonces? ¿Este es el problema! Pero por qué devanamos los sesos cuando el amigo Ricardo sabe lo que ocurrió allí!

—¿Yo?—exclamó asustado.

—Sí, señor. Al final de sus notas he visto un apunte que dice: «¿Qué significan las palabras «Yo no lo sé» escritas en el papelito que se halló en el salón?, y añade usted de su cosecha: «Escritas seguramente por el espíritu que evocó Celia.» Siguiendo su deducción, amigo Ricardo, resulta que en la noche del martes hubo sesión de espiritismo en el salón de la señora Dauvray.

Wethermil apenas respiraba. Ricardo, un poco confuso dijo:

—Habré acertado por casualidad,

porque yo no había atinado en esto.

—Hablando en serio—dijo Hanaud. ¿No creen ustedes verosímil que se celebrara una sesión de magia aquella noche? Se oiría el tamboril tocando solo en la oscuridad de la salita.

—No lo creo—dijo Wethermil. La declaración de Elena es un embuste de principio a fin.

—Hay de todo—dijo Hanaud—. He dicho que el crimen se llevó a cabo bajo una dirección experta y en cuanto a las mentiras de Elena, si las hubo, también dijo verdades. Ella no era capaz de inventárselo todo. La ignorancia no es creadora. Veamos, si hubo sesión y un espíritu se dignó contestar por escrito.

—¿Piensa usted preguntárselo?—interrogó Wethermil.

—Celia no está ahora por preguntas de ninguna clase.

—¿No se hará la loca adrede?—dijo Ricardo.

—No le comprendo a usted, amigo Ricardo.

—No, por favor, no me juzgue mal. No he querido ni insinuar...

—Sí, es posible que no haya mala intención en sus palabras... un momento.

Hanaud se dirigió al teléfono.

—Oiga, habla Hanaud, Besnard. ¿Cuál es el mejor psiquiatra de Aix? Muy bien. Pues avísele que se dirija

a Villa Rosa y visite a Celia Harland. Acompañele usted o alguien de su confianza y que nos dé un informe por escrito del estado mental de la joven.

—Cuánto lo siento— dijo Ricardo.

—No debe aponerse. Si está cuerda, mejor, y si está loca y es culpable también es una solución.

—Ahora voy a tocar un punto muy delicado, mi querido Wethermil, lo ruego no tome usted a mal. Continúo analizando el por qué llevaba Celia un traje blanco. ¿Es posible que Celia esperara a un amante?

Wethermil no pudo evitar un gesto de violencia.

—Todo son suposiciones indispensables en asuntos envueltos en el misterio como éste. Las únicas pisadas que se ven claras en el jardín son las de Celia; las de los otros dos personajes están confusas, no hubo manera de sacarlas en claro. Alguien, desde un principio ha tenido interés en acumular cargos contra la bella Celia.

Ricardo escuchaba a Hanaud con la misma atención que un colegial escucha a un maestro que quiere y respeta.

—Prosigamos— dijo Hanaud.—¿Cuándo vió Celia a su amante? ¿Antes de cometerse el delito o después?

—No puedo dejarle continuar—dijo Wethermil con voz apasionada—; su relato me atormenta inútilmente. Celia estaba prometida conmigo y no tenía ningún amante. Me consta. Es una muchacha decente y la fatalidad ha hecho que se viera enredada en este asqueroso asunto.

Habló con tanto sentimiento, que Ricardo no pudo menos que darle la razón. El muchacho hundió su rostro entre las manos y no habló más.

El detective meneó la cabeza y dió una mirada especial a Ricardo. Este no le comprendió.

—No hay manera de tratar con gente enamorada—dijo Hanaud—. Las mujeres son responsables de las locuras de los hombres: es viejo esto, no debe extrañarme.

Como si despertara de un sueño, Wethermil dijo:

—¿Por qué preocuparnos tanto de lo que pasó dentro del salón, cuando finalmente ya sabemos por los resultados lo que ocurrió? ¿No sería mejor preocuparse de bustar al hombre y a la mujer que según todos los datos intervinieron en el asunto? Hallar a éstos es lo interesante, a mi juicio.

—Los descubrimientos se llevan a cabo después de muchas conjeturas. La mujer no me interesa. El más hábil de todos los que han tomado par-

te en este crimen es el hombre. Este no ha dejado la más mínima huella. Ah, Wethermil, en un sitio como Aix, cuajado de aventureros, es muy difícil dar con el que nos interesa.

—Pero no me negará usted que desespera ver cómo transcurren las horas y no aparece otro culpable que Celia.

—No me dirá usted que estoy ocioso. Estoy dando órdenes constantemente y llevando a cabo averiguaciones.

Sonó el timbre del teléfono. Ricardo tomó el auricular.

—Avisan de la conserjería que abajo está Perrichet.

—Que suba. Ve usted, amigo Wethermil: una diligencia que he encargado y ya me traen la respuesta.

Perrichet, vestido de paisano, entró en la habitación. Hanaud miró al agente de pies a cabeza.

—Perrichet, estás llamado a ser detective. Me gustas más de paisano que con uniforme. ¿Qué noticias traes?

—Cuando la señora Dauvray regresó a la villa el martes por la tarde sólo la acompañaba la señorita Celia.

—¿Nada más?

—No, señor.

—Puedes retirarte y no olvides: serás detective.

El guardia sonrió satisfecho al oír las palabras del as de los detectives franceses.

De toda la conversación sostenida con Hanaud, Ricardo había sacado la corteza de que el detective, ahora, ya andaba sobre seguro y que no les decía nada a ellos para que no echaran a perder sus planes con alguna indiscreción.

—Ricardo, usted y Wethermil deberían dar una vuelta por ahí; están demasiado absortos con el asunto. Les aconsejo que me dejen un rato para mí solo ahora.

—¿Por qué no comer juntos? —propuso Ricardo.

—Creo que es mejor no comer juntos hoy. Solamente les pido una cosa: déjenme saber dónde puedo encontrarles en caso de necesitar de ustedes.

—Yo pienso ir al hotel —dijo Wethermil.

—Daremos una vuelta por la «Promenade», primero, y luego yo también me dirigiré al hotel.

—De acuerdo; esto quiere decir que dentro de una hora, o así, tanto el uno como el otro estarán a mi disposición en su respectivo hotel.

—Ni más ni menos—asintió Ricardo.

—Hasta la vista—contestó Hanaud.

LA CAPTURA DEL CRIMINAL

ANTES de terminar la comida Hanaud acudió de nuevo al teléfono y comunicó con Wethermil. Este estaba en el hotel.

—Amigo Wethermil, estoy terminando de cenar con Ricardo en el «Petit Trefle», junto al Casino. ¿Podría reunirse con nosotros?

—Inmediatamente; yo hace mucho rato que he terminado de comer.

—¿Se encuentra más animado?

—Sí, he descansado un poco. Vengo en seguida.

No habían transcurrido diez minutos, cuando Wethermil se reunió con Hanaud y Ricardo.

—¿Ha visto a Celia?—preguntó.

—No, no; he estado paseando con Ricardo; es deliciosa la campaña.

Terminada la cena, Hanaud dió la señal de partir y los tres amigos se dirigieron hacia Villa Rosa. Perrichet estaba en la puerta y saludó respetuosamente al detective y a sus acompañantes. Se veían luces encendidas en el salón. En el jardín había dos agentes más. Entraron en la casa y Besnard salió a su encuentro. Se dirigieron al salón, donde el detective les habló de la siguiente forma:

—Señores, voy a especular con mi reputación. Voy a intentar que Celia recuerde lo que pasó en este salón la noche en que fué asesinada la señora Dauvray.

—¿Cómo es posible esto?—dijo Ricardo.

—A mí me parece que la señorita Celia es más nerviosa de lo que parece. Esta habitación puede revelarnos muchas cosas ahora que tenemos a la joven aquí. Los nervios pueden revelar ciertos fenómenos que nos permitirán explicar y comprender muchas cosas.

—Hanaud — dijo Ricardo —, no creo que deba usted llevar adelante esta prueba.

—¿Por qué? ¿Conoce usted esta habitación, Besnard?—añadió Hanaud—; haga entrar a Elena Vauquier. Que Celia venga también.

Entraron las dos mujeres al poco rato. Celia vestida con el mismo traje blanco que llevaba aquel fatal martes. Aparecía como dormida.

—Señoras, vamos a celebrar una sesión igual a la del martes pasado. Colóquense según tenían costumbre de colocarse. Besnard, apague las luces.

Ricardo y Wethermil se habían colocado como espectadores y ambos temblaban de angustia.

Se oyó la voz de Hanaud que preguntó:

—¿Quiero que me descubra usted quién mató a la señora Dauvray?

Ninguna contestación.

—Dígame, ¿quién asesinó a la señora Dauvray?

Se oyó la voz de Elena que gritaba:

—¡Déjenme ir, no puedo soportar; déjenme marchar!

—No le haga caso — dijo Hanaud.

Siguió un instante de silencio y una voz, que a muchos pareció que era la de la señora Dauvray, pero que en realidad era la de Celia, que dijo:

—Elena, esta noche no te necesitaré; puedes retirarte...

—¡No, no, no!—volvió a gritar la camarera.

De nuevo se oyó la voz de la Dauvray.

—¡Oh, algo roza mis cabellos, mis mejillas...; ahora me aprieta la garganta!—y un grito atroz cortó la palabra.

—Enciendan las luces—dijo Hanaud.

Al encender las luces apareció Wethermil con los ojos desorbitados y ambas manos al cuello como si quisiera estrangularse.

—Ya sabía yo que le descubriría con una sesión semejante. Wethermil, queda usted detenido por el asesinato de la señora Dauvray y el de Marta Gobin.

Hanaud hizo sentar a todos los que se hallaban en el salón, pues los agentes que estaban en el jardín también habían penetrado en el

mismo al momento de apagar las luces, dispuestos a no dejar salir a nadie; y dirigiéndose especialmente a Wethermil, le dijo:

—Sí, casi ha sido un crimen perfecto; pero hasta los asesinos más audaces dejan huellas y cometen errores. Elena Vauquier fué la primera. Ella habló de una mujer de cabello rubio, pero yo descubrí que era negro. En realidad era una insignificancia, hasta que ella me orientó tan perfectamente sobre la frase «Yo no lo sé...», que algún sospecho, escribió Celia cuando querían hacerla hablar. Uno de los almohadones del sofá estaba húmedo; alguien había llorado. Esto, y además una manchita de sangre en el otro almohadón, me condujeron a preparar la trampa del bote de crema.

Ricardo seguía el relato del detective sin perder palabra. Hanaud, sin hacer el menor caso de la nerviosidad de Elena ni del abatimiento de Wethermil, continuó:

—El hallazgo de los pendientes de Celia en el bote de crema me descubrió que Celia había sido un testigo involuntario y no un cómplice como temí al principio. Entonces, aun cuando ustedes vieron que yo autoricé la marcha de Elena, al mismo tiempo daba una orden secreta a mi querido colega señor Bes-

nard para que se la detuviera. Todo se llevó a cabo con el mayor sigilo, y he de agradecer a la policía de Aix, su celo y competencia. Ahora bien, hay otro punto que también me ayudó en mis deducciones. Me refiero a Adela Rossignol, la principal cómplice de Wethermil. Jamás podía yo pensar en ella porque ignoraba su existencia; pero ésta, después de hacer la pampina de cloroformizar a Elena, cometió la torpeza de dejar la luz encendida de la habitación de la doncella. Mis deducciones nunca me habrían llevado a Ginebra; pero el error de Adela al dejar la luz encendida, hizo que el crimen se descubriera una hora o dos antes. Esta hora de diferencia, cuantas consecuencias ha tenido. Como he dicho antes, mis deducciones nunca me habrían conducido a Ginebra. El descubrimiento del crimen tan a primera hora, la policía en la casa, la vecindad alborotada, impidió que Wethermil devolviera el coche; pues ésto era el plan. A esto responde la verja abierta. El detalle de las latas de bicicna tan hábilmente dispuestas para que no se notara que se había tomado carburante, no sirvió de nada. En el caso de que se hubiese podido devolver el coche en el garaje, me habría sido imposible deducir la ruta que habían emprendido los raptos de Celia, y

por consiguiente, los asesinos y los cómplices; pero ya se lo he dicho: el criminal más hábil y más experto, tiene sus fallos. La policía de Ginebra me sirvió perfectamente, y como Adela se consideraba segura allí —pues creía haber cubierto bien su retirada— no tuvo prisa en abandonar su guarida junto al lago; por otra parte, le interesaba conservar a Celia para sacarle el secreto del paradero de las joyas, que ella creía poseía su prisionera. Ustedes deben pensar: Hanaud no habla de Tacé. Este es un personaje vulgar a sueldo de unos asesinos. No hacía más que obedecer órdenes y su estupidez le llevaría también a la cárcel. Si no hubiésemos tenido la suerte de que Perrichet descubriera el crimen a la hora en que lo hizo, habría regresado el coche al garaje de Villa Rosa y no habríamos tenido medio de averiguar donde estaba Celia; y ésta, al no proporcionar a su secuestradora los datos que la interesaban acerca del paradero de las joyas de la Dauvray, la habría hecho desaparecer tal como tenía preparado cuando nosotros llegamos a tiempo para salvarla, y el misterio habría quedado sin resolver. Refiriéndome ahora de nuevo a Wethermill, casi puedo decir que es un perfecto criminal. Su sistema nervioso es de acero; era de

brado. ¿Recuerda usted, Ricardo, y usted, Besnard, cuando puse en sus manos los dos estuches de joyas que hallé debajo del parquet? No tembló, no se inmutó, no dió la menor muestra de alteración o temor. Sin embargo, debió sentir una impresión terrible. El, que había planeado, combinado y movido todo para apoderarse de unas joyas que pocas horas después de cometido el crimen yo le entregaba aunque fuera por sólo un instante, para que él mismo las depositara en manos de la policía, ¿se hacen ustedes cargo de lo que debió sentir este hombre? Yo he hecho mis averiguaciones, yo he sabido que Wethermill se encontraba en Aix para rehacer su fortuna. Pocos sabían que estaba arruinado. El juego no siempre le era favorable. Se fijó en la señora Dauvray, en sus famosas joyas. Si aquella hubiese viajado sola, le habría sido más difícil acercarse a ella. Logró una presentación: las amistades se hacen rápidamente en sitios de veraneo. Celia fué la palanca. Su porte elegante conquistó a la joven, faltada de experiencia y poco acostumbrada a alternar, creyó ver en él el príncipe encantador que la haría feliz. Mientras tanto, él fraguaba el plan para apoderarse de las joyas a cualquier precio. Puesto ya en la pendiente del crimen, asesina a Marta

Gobin, pues fué la mano de Wethermil la que disparó contra el coche donde iba ella. Esta hazaña no le costó mucho verificarla. Sabía por nosotros mismos el tren y la hora en que llegaba la buena mujer. Indudablemente estuvo en la estación. La vió llegar y la lentitud del coche le permitió seguirlo hasta que penetró en la calle que por su obscuridad y poco tránsito ofreció la ocasión de efectuar el disparo. Como buen tirador, tampoco hay nada que reprocharle. Un asesinato primero, y otro para cubrirse de aquél. Todavía podía salvarse Wethermil, porque nadie sospechaba de él. Yo mismo, al principio, no vi más que un amigo de una de las víctimas; pero sufrió dos pequeñas equivocaciones. Compró un mapa de las carreteras del distrito. ¿Un mapa de carreteras en poder de un personaje que no posee coche? ¿Recuerdan que distraídamente se lo pedí cuando estábamos en el garaje de la villa? El lo ofreció rápidamente, sin sospechar mi malicia: al preguntarle si poseía un mapa. Pero su error principal fué, en un momento de terrible audacia, venir a buscarme a mí para que descubriera el paradero de Celia Harland. No es el primer caso en que el asesino pide a la policía que se cuide de averiguar y descubrir quién es el culpable. Afortuna-

damente, los detectives trabajamos con la seguridad de que el delincuente, por listo, audaz y astuto que sea, siempre sufre algún fallo que nos permite descubrir su actuación. Señores, me parece que les he explicado todo cuanto podían desear. Los detalles se sabrán en cuanto se instruya el proceso, que será interesantísimo. Besnard, le ruego que retire a Wethermil y a Elena Vauquier. Mi labor ya ha terminado.

Ambos criminales, maniatados y custodiados por la policía, salieron de Villa Rosa.

Celia, que había permanecido silenciosa durante el relato de Harnaud, se dirigió hacia él para darle las gracias.

—No se mueva, señorita Celia; está usted muy agotada y no le conviene fatigarse; además, comprendo que la sesión de esta noche ha de haber sido muy desagradable para usted. Pero no había otra solución. Un temperamento como Wethermil, que no había dejado ninguna huella, ni existía ninguna prueba contra él, era menester sorprenderle; y yo estaba seguro de que con la reconstrucción de la escena perdería el dominio de sus bien templados nervios.

Ricardo contemplaba a Celia, admirado, como si le pareciera imposible que se encontrara de nuevo allí

después del gran peligro que había corrido.

—¿Qué piensa usted hacer ahora, señorita Celia — preguntó Hanaud.

—En realidad, no lo sé. ¿Me detendrán?

—No, su inocencia está sobradamente probada; pero indudablemente la llamarán a declarar, ya que usted es el principal testigo.

—¿Por lo tanto no puedo marchar de Aix por ahora?

—¿Ni permanecer en Villa Rosa? — preguntó Ricardo.

—Aunque pudiera, no quisiera — dijo Celia.

—Se comprende.

—Hanaud, ¿qué solución ofrece usted a la señorita Celia? — dijo Ricardo.

—¿Recuerda usted que durante estos días le he dicho que yo soy algo artista, y usted se ha reído?

—Me he reído porque entonces me parecía que usted perdía el tiempo con aquellas filosofías, pero no lo tome a mal.

—¡Que voy a tomar a mal! Ya le he dicho que estudio mis clientes y usted me ha dado muchas oportunidades para estudiarle durante este famoso proceso.

—¿Pero es que usted sospechaba de mí?

—¡Ya lo creo, y estoy seguro de

su parte de culpabilidad en este asunto!

—Por favor, Hanaud, estas bromas no me gustan.

—Le demostraré su parte de culpa.

Ricardo empezó a alarmarse. Todavía no conocía bastante bien a Hanaud, que era un gran humorista.

—Explíquese, porque no acierto a comprenderle.

Celia miraba divertida la conversación entre los dos hombres y la hizo distraer por un momento de su triste situación.

—Cuando usted vino a presentarme a Wethermil al día siguiente del crimen, ¿qué interés le impulsó?

—Ninguno. Lo hice para ayudar al que creía un amigo y caballero.

—Su misión una vez efectuada la presentación, en realidad había terminado, ¿no?

—Tal vez.

—¿Por qué continuó usted siempre junto a mí siguiendo paso a paso todas las gestiones?

—Usted no me lo prohibió.

—No se lo prohibí porque comprendí sus motivos.

—Le aseguro que no tenía ninguno.

—No niegue más, que el motivo lo lleva usted escrito en la cara.

—¿Pero qué se propone usted, Hanaud, por favor?

—No me propongo nada más que demostrarle que está usted enamorado de Celia.

Una sonrisa inefable iluminó el semblante de Ricardo e inmediatamente miró a Celia. Esta se echó a llorar.

—Comprendo — dijo Hanaud —

que ha sufrido usted un cruel engaño y que tal vez mis palabras ahora la hayan molestado; pero usted es joven y no debe entregarse al desespero por lo que le ha pasado con Wethermil. Amigo Ricardo, cuide usted de ella, y si lo hace como desearia hacerlo yo, creo, querida Celia, que tiene usted suerte.

FIN

¿Qué le dijo?...

EL EXITO DEL DIA

Nueva modalidad del chiste, de los célebres

HERMANOS CAPE

Núm. 1.—"Voy sangrando lentamente.,

" 2.—El elefante y la pulga

" 3.—Dedicado a los populares clowns
musicales HERMANOS CAPE

PRONTO

?...

Precio:

1'50 ptas.

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la flota	C. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Mamá Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Cécile Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Foja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fieramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Suplantada en vida	A. Nazari
Una pareja invisible	C. Bennett
La mujer sin alma	C. Grant
El dominio verde	John Boles
Damas del teatro	Danielle Darrieux
Detective y compañera	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Defensores del crimen	Fred Astaire
Aventura Pompadour	Richard Dix
El poder invisible	Kate de Nagt
Melodía rota	Boris Karloff
Titanes del mar	Willie Siegel
Cupido sin memoria	Victor McLaglen
Mamá Ilona	Ann Sothern
Posada Jamajca	Paula Wessely
El caso Vere	Charles Laughton
Pygmalion	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Leslie Howard
Los tres vagabundos	Joan Fontaine
	Heinz Rühmann

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arias
Rinconcito mediterráneo	P. G. Velázquez
Mamá de la O	Carmen Amaya
¿No quieres? ¿No quieres?	José Naviera
La canción de Aixa	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisa Cargallo
Bohemias	Emilia Allaga
Melodía de arrabal	I. Argentina
Don Floripundia	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Legenda rota	Miguel Ligeró
Martingala	Juan de Orduña
Rápido suicidio	Nito Marchena
Usted tiene ojos de mujer fatal	Celia Gómez
	R. de Sentmenat

Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un bata?	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Shéh, Toomay de las defiantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Carmin, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrada	L. Cargallo
La Oclerusa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yagor
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Berghon
Melinos de viento	Pedro Terdi
¿Ex mi hija?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Grata Garbo
La alegría de la huerta	Robert Taylor
Mortal sugestión	Flora Santacruz
Una chica insuperable	Ann Harding
Bajo manto de la noche	Danielle Darrieux
Alarma en el expreso	Edmund Lowe
Crimen de medianoche	M. Redgrave
El barbero de Sevilla	Ramón Pereda
Los dos pilotes	Miguel Ligeró
	Jacques Tardi

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al timón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Montfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amedeo Nazari
Centros del alma	Leslie Howard

BIOGRAFIAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligeró
Esterilita Castro	Melva Douglas
Alfredo Mayo	Antonio Vico
Manuel Luna	





2'50 Ptas.

BRUNNEN
KARLSRUHE, F.R.G.

Editorial APas